

AMÉRICA EN LA VIDA Y EN LA OBRA DE MARCEL  
BATAILLON: SU EPISTOLARIO  
CON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL  
Y LA DISENSIÓN SOBRE LAS CASAS

Ana VIAN HERRERO

*Instituto Univ. Menéndez Pidal (UCM)*

1. AMÉRICA EN LA VIDA Y EN LA OBRA DE MARCEL BATAILLON

El que conocemos como «príncipe de los hispanistas» en especial por su *Erasmus y España*, cuidadosamente renovado y aumentado en diversas ediciones entre 1937 y la póstuma de 1991, fue también un agudo, profundo y aplicado estudioso de América, de varios periodos de la cultura y la historia de América, aunque con preferencia del periodo colonial y, dentro de él, cómo no, del siglo XVI, de sus humanistas cristianos transerrados o empleados en el nuevo continente en la evangelización, el apostolado, la profecía y la reivindicación del nativo. De las alrededor de seiscientas entradas de su bibliografía, recogida por Charles Amiel, nada menos que ciento catorce se dedican a un tema americano o varios, repartidos entre: ocho libros (algunos en reediciones corregidas y aumentadas), setenta y tres artículos o capítulos de libro (que a veces se convierten en libro compilatorio), veinticinco reseñas –mucho más importantes en la bibliografía de Marcel Bataillon de lo que suelen ser en la del resto de los seres humanos, al menos ahora–, siete prólogos o introducciones, y una traducción. Una vez alojado en su investigación ese centro de interés, sólo tres fechas en su bibliografía carecen de publicación de tema americano: 1965, 1969 y 1975, ausencias explicables más por las fortunas de las artes de la impresión y por los avatares de la vida científica y sus compromisos, que por la falta de dedicación, ya que los

años inmediatos o sucesivos a ellos cuentan con algunos de sus impresos más significativos. No estamos, pues, ante una inclinación secundaria en su labor, sino ante más de una sexta parte del conjunto de su frondosa producción científica.

¿Cuándo y cómo surge su dedicación profesional a América? El año simbólico es 1948, año de su descubrimiento de América y gira por diversos países; el interés perduró hasta el final, durante tres décadas, y, podríamos decir que incluso cosechando victorias después de su muerte y hasta ahora mismo, gracias a diversas publicaciones de inéditos a cargo de varios eminentes discípulos y de sus familiares, en especial de su hijo Claude Bataillon. Pero el interés puede adelantarse a 1930, en sus años argelinos, con un artículo que fue ponencia en un congreso, «Erasme au Mexique», y sus páginas finales del *Erasmus y España*, «Érasme et le Nouveau Monde»<sup>1</sup>.

América fue un deslumbramiento para Marcel Bataillon, para su sensibilidad, su conciencia y su intelecto. También sirvió para canalizar unas inquietudes ideológicas de su compromiso intelectual y moral que en la vieja Europa eran más complejas de desplegar, y menos aún en la península Ibérica del periodo.

En el texto de su conferencia impartida en el Colegio de México, invitado por Alfonso Reyes y Francisco Giner de los Ríos «ante un grupo de alumnos del Centro de Estudios Históricos» sobre «la historia de sus búsquedas erasmianas», en junio de 1948, se expresa de esta manera:

---

<sup>1</sup> Marcel Bataillon, «Erasme au Mexique», en *Actes du Deuxième Congrès International des Sciences Historiques* [Alger, 14-16 avril 1930], Alger 1932, pp. 31-44. Jacques Lafaye estudia este episodio temprano de interés por América en un trabajo espléndido: «L'itinéraire intellectuel de Marcel Bataillon: du sens literal à la métahistoire», en *Les cultures ibériques en devenir. Essais publiés en hommage à la mémoire de Marcel Bataillon (1895-1977)*, París, Fondation Singer-Polignac, 1979, pp. 59-120 (en especial 89-97). El otro gran trabajo es «Érasme et le Nouveau Monde», apéndice en el *Erasmus y España* que conviene leer en la ed. póstuma: *Érasme et l'Espagne*, texte établi par Daniel Devoto, ed. Charles Amiel, Nouvelle édition en trois volumes, Ginebra, Droz, 1991, 3 vols., pp. 469-504 (las citas del *Erasmus y España* se hacen por esta edición).

Hace mucho tiempo que lo deseaba, que me atraían hacia México y sus humanistas cristianos del siglo XVI los doce apóstoles capitaneados por Fray Martín de Valencia, Fray Juan de Zumárraga el erasmizante, Don Vasco de Quiroga el utopista, que todos con una pureza admirable de intenciones procuraban llevar a los indios lo mejor de un cristianismo renovado. Hace mucho tiempo que me atraía la amistad de los actuales humanistas mexicanos, en especial los fundadores de esta institución ejemplar de la que hablo [el Centro de Estudios Históricos], y la fraternidad con los investigadores españoles que en ella encontraron un hogar científico<sup>2</sup>.

Y, en efecto, en su perfil americano coinciden, al menos, esos dos intereses: su ya más que demostrado conocimiento del humanismo y la espiritualidad quinientistas en muy diversas variantes, y su admiración por los antiguos amigos republicanos y maestros del Centro de Estudios Históricos con los que había trabado contacto desde los años 20 en Madrid —es decir, desde el momento más floreciente del Centro—, muchos de los cuales tras la guerra civil fueron a dar a América. Una tercera circunstancia, no menor, se une: su cátedra en el Collège de France, como explica en su introducción al libro compilatorio de sus artículos sobre Las Casas [1966]:

Esta apasionante empresa, a la que ni yo mismo prevé lanzarme veinte años antes, me ha sido posible gracias a mi ingreso en el Collège de France, en una cátedra dedicada a la libre investigación y que se me otorgó presuponiendo mi interés por América. Pero este interés corría el peligro de quedarse en un plano platónico y libresco, de no haberme visto arrastrado al Nuevo Mundo por las amistosas instancias de Alfonso Reyes y empujado en la misma dirección por las de Paul Rivet [...] En el curso de un viaje de varios meses, en 1948, vi a los indios de la región de Pátzcuaro, donde la memoria de Don Vasco es todavía venerada; los de los parajes de Atilán y Chichicastenango, por donde Las Casas y sus compañeros se aproximaron a la Tierra de la Guerra, que ellos iban a cambiar en Vera Paz; los de Cuzco y Machu-Picchu, que fue quizás el refugio del indio rebelde de Vilcabamba. La vida de Las Casas y sus escritos se ligaron indisolublemente, para mí, a esta América que aún hoy

---

<sup>2</sup> Véase «Marcel Bataillon. Una conferencia», *Istor* (México), VIII, 32 (2008), pp. 143-156 (en p. 143), sección Notas y diálogos.

guarda un semblante indio y que habla español. De ahí nació la idea de mis primeras clases sobre temas americanos...<sup>3</sup>.

Pero veamos ese camino brevemente, gracias en buena medida a varias publicaciones recientes<sup>4</sup>.

Marcel Bataillon, helenista normaliano, viene con veinte años a España (1915-1916), en plena primera guerra mundial, sin conocer la lengua aún, con una beca, al Instituto Francés de Madrid y una encomienda al servicio de un «Comité Internacional de Propaganda de los Aliados» de la diplomacia francesa. A fines de 1915, cuando esperaba el permiso del Ministerio de la Guerra para trasladarse a España, tras una enfermedad que le había impedido incorporarse a filas con sus compañeros de promoción, comenzó a aprender español, una vez leídos los *Estudios sobre España* de Morel-Fatio. Y explica con puntas de ironía:

Allí venían los preciosos estudios sobre el *Lazarillo de Tormes*. Fue ahí donde leí por primera vez una alusión al erasmismo español, y la sospecha de que el *Lazarillo*, por lo que tiene de anticlerical, fuese obra de un erasmista. Me dediqué a aprender español leyendo el *Lazarillo*, método que no creo muy recomendable, pero que me encantó<sup>5</sup>.

A juzgar por su diario de viaje a España<sup>6</sup>, la experiencia en su caso definió una vocación, y allí nació un gran hispanista. A su regreso en julio de 1917 tiene que incorporarse al frente.

<sup>3</sup> Cito por la versión española: Marcel Bataillon, introducción a *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas* [1966], trad. esp. J. Coderch y J. A. Martínez Shrem, Barcelona, Península, 1976, pp. 5-6.

<sup>4</sup> Claude Bataillon, *Marcel Bataillon, hispanisme et engagement. Lettres, carnets et textes retrouvés (1914-1967)*, préface de Augustin Redondo, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail-Collection «Hespérides», 2009; Marcel Bataillon, «Un hispaniste découvre le Nouveau Monde. Marcel Bataillon en 1948», *Caravelle*, 87 (2006), pp. 159-193 y Marcel Bataillon (document), «Voyage de Marcel Bataillon aux Amériques en 1948. II partie», *Caravelle*, 89 (2007), pp. 251-294. Se comentan estas publicaciones (en especial la primera) en Ana Vian Herrero, «El Marcel Bataillon “civil” y su compromiso intelectual con España y América», *NRFH*, LIX, 2 (2011), pp. 573-593.

<sup>5</sup> «Marcel Bataillon. Una conferencia», cit., p. 147.

<sup>6</sup> C. Bataillon 2009: 6-36.

Acabada la guerra con vida –lo que no le ocurre a uno de sus hermanos–, desde 1919 se define por un pacifismo integral y se une por un tiempo a las filas socialistas de la SFIO, *Section française de l'Internationale ouvrière*, o *Parti socialiste unifié*. Para Claude Bataillon<sup>7</sup> es claro que el pacifismo de Marcel Bataillon evoluciona desde 1920 a 1940: de una versión más suave, conciliable con el pacifismo patriótico de tradición familiar, a hacerse intransigente y casi libertario como consecuencia de la evolución del mundo europeo con el ascenso de los fascismos.

De 1920 a 1922 transcurre su estancia madrileña en la reciente École des Hautes Études Hispaniques de la Casa de Velázquez; allí traba amistad entrañable con Jean Baruzi, cuya correspondencia resulta muy útil para acreditar la evolución de su pensamiento científico y también para leer muchas confidencias académicas e incluso políticas<sup>8</sup>. Son esos precisamente los años en los que estrecha colaboración y amistad con los intelectuales que trabajan en el Centro de Estudios Históricos que había fundado y dirigía Ramón Menéndez Pidal, lo que sin duda contribuyó a su definición vocacional, descubriendo una escuela y unos métodos de trabajo –a los que contribuyó y de los que se benefició–, que contrastaban con los practicados en la España y la Europa «reales». A continuación, y ya casado con Lucy Hovelacque, se traslada a Lisboa para impartir clases de francés en el Institut Français y en la universidad. Desde 1926 es profesor de español en el liceo masculino de Talence (Burdeos) para obtener luego una plaza de profesor en la universidad de Argel desde 1929, con 34 años, donde residirá hasta 1937.

<sup>7</sup> *Ibid.*: 59-60.

<sup>8</sup> Se ha editado en: Marcel Bataillon, *Lettres de Marcel Bataillon à Jean Baruzi, autour de l'hispanisme*, ed. Simona Munari, pról. Claude Bataillon, Turín, Nino Aragone editore, 2005. En carta a Américo Castro de 29-XII-1969 celebra los 50 años (1919) de su amistad con él: «Lo recuerdo mientras bebía una cerveza conmigo y charlábamos al salir del viejo Centro en aquella cañícula de 1919 [...]. La amistad que en aquellos tiempos Ud. ofreció a un principiante, todavía sin título, era sin duda fuerte si ha resistido así de bien al tiempo y a las pasajeras discrepancias» (*Epistolario Américo Castro y Marcel Bataillon (1923-1972)*, ed. S. Munari, introd. Francisco José Martín, Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación Xavier Zubiri, 2012, p. 377).

Desde 1934, fecha de su fundación en Francia, se afilia al CVIA («Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas») y mantendrá ese compromiso durante sus años argelinos. Es su época más activa en política. Dos años después, 1936, mientras da las pinceladas finales de su *Erasmus y España*, escindido –según confiesa a Baruzi– entre la vocación investigadora y el sentido del deber intelectual y sociopolítico, accede a presentarse como candidato del Frente Popular en Argelia, a petición de un joven colega de Derecho, Charlier, y con otros apoyos<sup>9</sup>. Pero no sale elegido, al parecer con cierto alivio.

El periodo argelino tiene, no obstante, interés para comprender algunos aspectos de su posterior apego científico a temas americanos. En 1937 escribe (en *Vigilance*, el periódico del CVIA) un artículo «prémonitoire» sobre la política francesa en Argelia que se incluye en el libro de Claude Bataillon<sup>10</sup> y da testimonio de su visión avanzada sobre el trato de los nativos, en especial los más occidentalizados, a los que en su opinión deben concederse los derechos civiles, integrar socialmente en lugar de reprimir, y cuyas creencias deben respetarse<sup>11</sup>; apoya así un proyecto previo (1936) de Maurice Viollette, ministro del gobierno de Blum en el Frente Popular –que al fin nunca llegó a discutirse en el Parlamento–; razona también las carencias del proyecto y saca a la luz la escasa preocupación del Frente Popular sobre el tema colonial, enfocado de modo alicorto con la intención de evitar, probablemente, divisiones internas. También en esos años, redacta un boletín, *Pour y voir clair*, que al

<sup>9</sup> «Il sera candidat aux élections législatives, sous l'étiquette du Front Populaire, à Alger en 1936, où Malraux vint lui prêter main forte» (Charles Amiel, «De quelques fidélités de Marcel Bataillon», en *Autour de Marcel Bataillon. L'œuvre, le savant, l'homme*, eds. Ch. Amiel, R. Marcus, J.-C. Margolin, A. Redondo, París, De Boccard, 2004, pp. 225-233, en p. 231). Continúa Amiel con una interesante anécdota sobre el recuerdo que el encargado del servicio de orden del candidato, Henri Cremouilli, aún conservaba, cuarenta años después, sobre la calidad de sus discursos y también sobre el ensañamiento contra Bataillon de alguna prensa argelina.

<sup>10</sup> C. Bataillon 2009: 85-99. Es suya la aguda sugerencia de relación entre la experiencia colonial argelina y el interés posterior por temas americanos.

<sup>11</sup> *Ibid.*: 83 y 99.

parecer pone en solfa la política colonial, a decir de Olivier Todd, antiguo secretario de Sartre y biógrafo de Camus; refiriéndose a Yves Bourgeois, otro «normalien», agregado de Inglés, gran amigo de Albert Camus en 1935-36 y pacifista que sueña con un levantamiento del pueblo argelino, afirma Todd:

... Bourgeois milite avec Marcel Bataillon, grand hispanisant de la faculté d'Alger qui rédige un bulletin de deux pages, *Pour y voir clair*, bourré de faits gênants. On y compare les surfaces des exploitations des colons avec celles des grands et petits propriétaires «indigènes»...<sup>12</sup>.

En esos mismos años argelinos le inquieta enormemente la evolución que está tomando la guerra civil española, a la que sigue de cerca. En general, en el periodo de entreguerras, pese a su ya no militancia partidista y pese también a haberse inclinado, como tantos intelectuales del momento, por la no intervención francesa a favor de la II República española en 1936 –de lo que se arrepentiría más tarde–, sus posiciones están cercanas a las de la izquierda radical, tanto en cuestiones de principios políticos como en asuntos de pura coyuntura; ayuda sin reservas a intelectuales españoles exiliados o mantiene contacto con los que van a América; ejerce un pacifismo intransigente que le lleva en 1941, incluso, a una detención en el campo de concentración de Compiègne, bajo jurisdicción de la Gestapo<sup>13</sup>.

Desde la segunda guerra mundial su compromiso político se transfirió ya inequívocamente de la política «activa» a la profesión, entendida como otra forma de responsabilidad fiel y

<sup>12</sup> Olivier Todd, *Albert Camus. Une vie*, París, Gallimard-Folio, 1996, p. 78, y en general sobre Y. Bourgeois, pp. 78-79, 110-114, 116-118, 124, 126, 152, 259, 314-315. No da ninguna información sobre este boletín, presumiblemente producido en hojas volanderas, y no he conseguido más noticias. Agradezco a Jean Alsina el conocimiento de este dato.

<sup>13</sup> Para todo ello, C. Bataillon 2009: 59-70, 73-82, 102, 108-111, 117-118, 124-156 especialmente, y *passim*. Véase también el prefacio de Gilles Bataillon al curso de Marcel Bataillon de 1945-1946 en el Collège de France, editado con el título *Les jésuites dans l'Espagne du XVI<sup>e</sup> siècle*, París, Les Belles Lettres, 2009, Collection Histoire, pp. 16, 19-20. Hay versión española: *Los jesuitas en la España del siglo XVI*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2010, y México, Fondo de Cultura Económica & Junta de Castilla y León, 2014.

empeño grave –y, si llegara el caso, expuesto–, de obligación con la colectividad. En el prefacio al curso de 1945-1946 del Collège de France, expresaba en términos muy elocuentes la huella que el tiempo vivido había dejado en su generación, con respecto a la filología fundacional de su apreciado Morel-Fatio:

Quant à nous, qui venons de vivre un cataclysme et qui émergeons d'un chaos, nous qui, pour ne rien dire des difficultés quotidiennes, devons tricher avec l'office des changes et avec les valises diplomatiques pour nous procurer tel livre indispensable, nous espérons bien refaire la communauté internationale des savants sans laquelle nous ne concevons pas de vrai travail scientifique, nous entendons bien rester fidèles à la rigueur des techniques éprouvées. Mais aussi savons le prix du temps. Nous serons peut-être moins prodigues de travail préparatoire, plus préoccupés de grands problèmes humains que ne fût l'âge d'or de la philologie<sup>14</sup>.

En este contexto de experiencia colonial, compromiso político y frustración de expectativas se entiende mejor su interés por la proyección española en América. La lucha anticolonial de los años argelinos se proyecta como reflexión y experiencia en el nuevo campo científico que Marcel Bataillon abrirá en su carrera: los estudios del colonialismo español en América y en especial la figura de fray Bartolomé de Las Casas<sup>15</sup>. En la introducción a sus *Estudios sobre Bartolomé de las Casas*, un párrafo resulta revelador para la vida y para la obra. Es a propósito de la animosidad de Motolinía y Las Casas, que a su juicio el historiador ha de entender sin aspavientos:

Cualquiera que haya vivido en un país de colonización sin fundirse en la sociedad colonial habrá podido observar de cerca el fenómeno constante de la asimilación que conduce a ver al colonizado con los ojos de un colono, incluso a personas de quienes se podía esperar una toma de posición favorable al indígena oprimido. Recordar que un indígena tiene derechos en un ambiente así es convertirse en la figura del odioso revolucionario que arruina

<sup>14</sup> Marcel Bataillon, *Les jésuites...*, pp. 50-51.

<sup>15</sup> C. Bataillon 2009: 156 y 169. También «il a fait entendre courageusement sa voix pendant le drame national de la décolonisation» (Charles Amiel, «De quelques fidélités de Marcel Bataillon», en *Autour de Marcel Bataillon*, cit., pp., 225-233, en p. 232).



la nueva legitimidad; se es un peligroso agitador si, como Las Casas y la vanguardia de los misioneros, se denuncia infatigablemente la esclavitud colonialista<sup>16</sup>.

Igualmente reveladoras son las palabras de un artículo de 1950 que trae a colación R. Marcus:

Au temps où j'écrivais *Érasme et l'Espagne*, je vivais dans l'illusion que l'histoire pouvait être strictement objective [...] Depuis une douzaine d'années [...] j'ai pris de plus en plus conscience que ma vision de ce passé était commédée par *notre* présent et par *ma* position dans ce présent<sup>17</sup>.

El viaje americano de 1948 tuvo eco de prensa notable, a su paso por las distintas universidades e instituciones visitadas, y también en contacto con algunos de los representantes políticos más conspicuos de un número apreciable de países y con los servicios diplomáticos franceses en la región. Puede apreciarse en los dos extensos artículos póstumos publicados al cuidado de Claude Bataillon<sup>18</sup>. Las autoridades españolas de la hora vieron con contrariedad y preocupación ese éxito mediático, llegando a recriminarle su falta de resquemor para visitar países no democráticos, que contrastaba con su negativa pública a volver a España con una invitación oficial, en prueba de amistad con el exilio republicano<sup>19</sup>. Diez años después de su viaje, ya preside la Asociación Internacional de Americanistas.

<sup>16</sup> M. Bataillon [1966] 1976: 12-13.

<sup>17</sup> R. Marcus, «Marcel Bataillon, un maître exemplaire», en *Autour de Marcel Bataillon*, cit., p. 218. Insiste en la misma idea en carta a A. Castro de 1-XII-1950 (*Epistolario...*, cit., p. 186).

<sup>18</sup> Marcel Bataillon, 2006 y 2007 (eds. C. Bataillon en *Caravelle*, cits. en nota 4). Ambos artículos son un buen complemento para ilustrar la prolongación del compromiso de Bataillon con los amigos españoles exiliados en América del sur y del norte.

<sup>19</sup> Se aporta en el libro de Claude Bataillon (2009: 111-117) una polémica epistolar que sostiene con Fernando M.<sup>a</sup> Castiella, entonces embajador en el Perú, que nace de una declaración del viajero en una entrevista de periódico (*La Tribuna*). Bataillon no dejó de visitar España en privado desde el momento en que se abrieron las fronteras (para él en 1950, según confiesa en carta a A. Castro de 19-XI-1950 [*Epistolario...*, cit., p. 178]), su primer viaje desde 1935); acudía para consultar sus archivos y conversar con los amigos y maestros que en ella habían

Desde entonces, el interés de Bataillon por los temas americanos coloniales es plural y se proyecta en sus publicaciones y en sus cursos del Collège de France<sup>20</sup>, aunque exista una evidente concentración de estudios sobre Las Casas que acaban por unificarse en formato libro. Respecto de los otros trabajos –también con derivaciones lascasianas–, hay varios significativos sobre el Perú (en torno a los «Trece de la Fama», los cronistas Gutiérrez de Santa Clara, Fernández de Oviedo o López de Gómara, el Inca Garcilaso, Zárate, el «Anónimo de Yucay», la rebelión pizarrista y las guerras civiles, entre otros)<sup>21</sup> y bastantes aportaciones relevan-

.....  
 quedado tras la guerra, pero es cierto que no aceptó invitación oficial, y que sólo muy tarde (1970) aparece su nombre vinculado –con una conferencia– a la efeméride que organiza una Comisión Nacional de homenaje llamada «Lección Marañón» (v. Ana Vian Herrero, «Una conferencia de Marcel Bataillon sobre el *Viaje de Turquía*», en *Historia y ficción, Compás de Letras* 3 (1993), pp. 173-190, nota 1, y explicado por él en carta a Castro, *Epistolario...*, cit., pp. 377-378). En palabras de Charles Amiel: «J'ai été témoin –et plusieurs de mes aînés l'ont été pour des périodes plus anciennes– du refus catégorique de Marcel Bataillon d'accepter la moindre invitation officielle des autorités espagnoles pendant un si long temps, ce qui aurait pourtant facilité bien de choses au chercheur qu'il n'avait cessé d'être depuis la guerre civile» (Charles Amiel, «De quelques fidélités de Marcel Bataillon», en *Autour de Marcel Bataillon*, cit., p. 232).

<sup>20</sup> «C'est dans les années 1950 qu'eurent lieu ses premiers cours sur l'Amérique espagnole au Collège de France et que commencèrent à se multiplier ses publications dans ce domaine. Sa connaissance ainsi approfondie du Tiers Monde et de son passé a probablement renforcé ses convictions intimes, et l'a amené à faire et à diriger des recherches sur différents sujets américanistes, en particulier sur le principal défenseur des Indiens d'Amérique au XVI<sup>e</sup>. siècle, Bartolomé de las Casas» (R. Marcus, «Marcel Bataillon: un maître exemplaire», en *Autour de Marcel Bataillon...*, cit., pp. 217-220, en p. 219).

<sup>21</sup> Se reúnen doce de ellos en *La Colonia. Ensayos peruanistas. Marcel Bataillon*, comp. Alberto Tauro, presentación Roger Iziga Núñez, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1995, Serie Historia. Tres años después se edita un conjunto de valoraciones de especialistas: *Marcel Bataillon y la América colonial en su historia y literatura*, ed. William Mejías-López, pról. Mercedes López-Baralt, Bibliografía Charles Amiel, Lima, Pontificia Universidad católica del Perú, Fondo Editorial, 1998. Otras evaluaciones de su contribución peruanista en *Autour de Marcel Bataillon...*, cit.: son los trabajos de Pierre Duviols, «Marcel Bataillon pérouaniste», pp. 137-148 y Guillermo Lohmann Villena, «Marcel Bataillon y las guerras civiles del Perú», pp. 148-198. Más tarde véase también, y referido solo al tema lascasiano, A. Saint-Lu, «Hacia un Las Casas verdadero: novedad y ejemplaridad de los estudios lascasianos de Marcel Bataillon», *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Venecia, 25-30 agosto 1980)*, ed. Giuseppe Bellini, Roma, Bulzoni, 1982,

tes sobre el humanismo en México<sup>22</sup>, un humanismo cristiano tanto de influencia erasmista como de tema espiritual no erasmiano, más bien conectado con corrientes medievales desarrolladas por los evangelizadores y misioneros «apóstoles del Nuevo Mundo» –como él los llamaba–, tendencias ya bajomedievales cuya vigencia explica el éxito de las ideas del de Rotterdam en la misma metrópoli<sup>23</sup>. Su definición de estas corrientes espirituales americanas abrió importantes vías de investigación futura que ya han dado buenos frutos<sup>24</sup>. En definitiva, y en sus líneas generales, no es un humanismo al uso, enamorado de los clásicos grecolatinos –aunque lo hubo, y estudia el caso del humanismo académico de Cervantes de Salazar en México, o el de Vasco de Quiroga como lector y practicante «utopiano», no «utopista», de la *Utopía* de Moro–, sino uno que, con fuentes diversas –además de Erasmo–, entiende el espíritu del evangelio a su manera, para lograr establecer una convivencia de los seres humanos que garantice el respeto de la dignidad del aborigen.

Bataillon demostró la existencia de obras de Erasmo en bibliotecas particulares y conventuales americanas que aseguran la presencia del humanismo de corte erasmiano, luego profundizada por otros estudiosos. Analizó su influjo marcado en fray Juan de Zumárraga y sus doctrinas cristianas multilingües, tras la estela del cristianismo simplificado propuesto por la *Suma*

pp. 913-922 (en n. 1 se reúnen también los últimos estudios de Bataillon sobre Las Casas [1971-1976]). En carta a Castro de 13-I-1967 lamenta haber descuidado algo los estudios que se podrían haber incluido en su colectánea lascasista de 1966 (*Epistolario...*, cit, p. 327).

<sup>22</sup> V. trabajos citados arriba (n. 1) y, una valoración general de Carlos Herrejón Peredo, «Marcel Bataillon y el humanismo mexicano en el siglo XVI», en *Relaciones*, Revista de El Colegio de Michoacán, Invierno, vol. 21, n.º 81 (2000), pp. 187-200, reed. en *Autour de Marcel Bataillon*, cit., pp. 123-135.

<sup>23</sup> M. Bataillon, «Evangélisme et millénarisme au Nouveau Monde», en *Courants religieux et humanisme à la fin du XV<sup>e</sup> siècle et au début du XVI<sup>e</sup> siècle*. colloque de Strasbourg, 9-11 mai 1957. Bibliothèque des centres d'études supérieures spécialisés, París, PUF, 1959, pp. 25-36, y *Erasmo y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 1977, en especial pp. 147-149.

<sup>24</sup> Una buena síntesis de la aportación de Bataillon al estudio de la espiritualidad colonial mexicana, con las aportaciones bibliográficas que han desarrollado o matizado las tesis bataillonianas en Herrejón Peredo (2000 y 2004).

de Constantino. Para el conjunto de evangelizadores detectó una síntesis de evangelismo y paulinismo que guió a los apóstoles del Nuevo Mundo, desde los «Doce» de fray Martín de Valencia hasta las primitivas misiones jesuíticas:

Ces hommes, pêcheurs d'hommes, de trempe si différente de celle d'Érasme, qui passa sa vie au milieu des livres, étaient attirés par un Érasme évangéliste, transparent et actuel dans ses paraphrases des livres sacrés, enthousiaste héraut de la christianisation universelle du genre humain. Ils aimaient Constantino pour son éloquente exposition de la doctrine centrale du christianisme, si réduite à l'essentiel qu'elle risquait, en Europe, de servir le luthéranisme<sup>25</sup>.

Hizo análisis y (o) sugerencias muy valiosas, además de sobre Zumárraga, a propósito de fray Martín de Valencia, fray Toribio de Benavente, y en particular sobre Vasco de Quiroga y sobre Las Casas<sup>26</sup>; sobre el franciscano Maturino Gilberti, traductor de la *Luz del alma* de Felipe de Meneses, fray Juan de Gaona, etc. Pero además llamó la atención en torno a las huellas del joaquinismo milenarista en América y las inquietudes proféticas apocalípticas desde los primeros tiempos de la conquista hasta los del jesuita José de Acosta; al establecer conexiones entre unos y otros espirituales, detectó también un evangelismo escatológico no erasmiano y una fusión entre corrientes modernas y de acarreo<sup>27</sup> que se ha revisado en tiempos más recientes, definiéndolo como un «escatologismo moderado»<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> En «Érasme et le Nouveau Monde», cit., p. 498. Véanse en especial Marcel Bataillon, «L'esprit des évangélisateurs au Mexique», en *Annuaire du Collège de France (Langues et littératures de la Péninsule Ibérique et l'Amérique latine)*, I (1950), pp. 229-234; «Nouveau Monde et fin du monde», en *L'Éducation Nationale*, 32 (11 déc. 1952), pp. 3-6, y «Évangélisme et millénarisme...», cit., pp. 25-36.

<sup>26</sup> En especial, M. Bataillon, «Vasco de Quiroga et Bartolomé de Las Casas», *Revista de Historia de América* (México), 33 (junio 1952), pp. 83-95 (recogido en *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas* [1966] 1976, pp. 267-279; «Utopia e colonização» [1949], *Revista de História* (São Paulo), 100 (1974), pp. 387-398 (trad. Margarida Barradas de Carvalho); «Don Vasco de Quiroga utopien», *Moreana* 15-16 (Angers), *Festschrift for E. F. Rogers* (Nov. 1967), pp. 385-394.

<sup>27</sup> «Érasme et le Nouveau Monde», cit., pp. 482-483, 496-487, 491-492, etc.

<sup>28</sup> Josep I. Saranyana y Ana de Zaballa, *Joaquín de Fiore y América*, Pamplona, Eunat, 1992; Herrejón Peredo 2000: 197-199 y 2004: 132-134.

## 2. LA CORRESPONDENCIA CON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

La Fundación Ramón Menéndez Pidal, sita en la que fue casa de don Ramón en la entonces Cuesta del Zarzal 23 de Chamartín de la Rosa (Madrid), conserva dos carpetas de cartas de Marcel Bataillon a Ramón Menéndez Pidal y otros documentos<sup>29</sup>; una cuarentena de testimonios, varios de los cuales son borradores de respuestas del segundo a su corresponsal, en cuyas cartas también incluye comentarios que preparan contestaciones<sup>30</sup>.

Fruto del convenio IUMP-Fundación Ramón Menéndez Pidal se gestionó, firmó y efectuó en 2010 un convenio de la FRMP con el «Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine» (IMEC, Abbaye d'Ardenne, Caen, Francia), que conserva los epistolarios del hispanista francés, para el intercambio de la correspondencia entre Marcel Bataillon y Ramón Menéndez Pidal (1922-1968). El objetivo era la publicación de dicha correspondencia, que la FRMP me había encargado y que tengo en realización.

---

<sup>29</sup> Mi gratitud a la Fundación Ramón Menéndez Pidal (a sus entonces Presidente, Antonio Lago, y secretario, Jesús Bustos) por dar en 2010 –y hasta la actualidad– todo tipo de facilidades para esta consulta, y por la prueba de confianza de delegar en mí la solicitud de las cartas de Pidal conservadas entonces en el archivo Bataillon de la Abadía de Ardenne (Caen); también al Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine (IMEC) de Caen, en especial a M.<sup>a</sup> Teresa Dolley, cuya eficacia y cordialidad hicieron no sólo útil sino agradable el intercambio de correspondencia entre ambas instituciones durante 2010. Mi reconocimiento asimismo a Claude Bataillon, que autorizó la publicación de las cartas de su padre y fue un estímulo y ayuda inestimables para toda la tramitación de Caen.

<sup>30</sup> Advierto de que doy una cifra no exacta porque no creo que en estas carpetas esté el archivo completo de correspondencia, de manera que lo que presento ahora tiene necesariamente algo de *work in progress*. Ello se explica porque el AMP tiene la organización de lo que fue una espléndida biblioteca de trabajo de un investigador infatigable; por lo tanto, la agrupación documental que Menéndez Pidal dio a algunos temas de su interés hasta el final de sus días no necesariamente se halla en los lugares esperados. La incuria de la administración española ha impedido hasta ahora realizar una catalogación adecuada de todos los fondos, por lo que las sorpresas son aún posibles. Igualmente, cotejadas las cartas de la FRMP y las del IMEC de Caen, tengo la convicción de que faltan en la abadía de Ardenne cartas de Menéndez Pidal que no sé si don Marcelo llegó a conservar, pero que su corresponsal sí escribió, aunque sólo sea por los borradores que conserva su archivo personal madrileño. [Años después, y estando en pruebas este trabajo, el «Fonds Bataillon» que catalogó el IMEC de Caen ha vuelto a pasar a custodia del Collège de France, lo que debe tenerse en cuenta en todas las referencias al respecto que se leen a continuación].

No entraré ahora a detallar a fondo las características de este epistolario, lo que se hará en la introducción a la correspondencia general. Sólo daré unos datos mínimos: El primer testimonio (sin fecha), y quizás el primer contacto epistolar, ha de ser posterior a 1921, probablemente 1922, y es una tarjeta manuscrita de Menéndez Pidal agradeciendo a Bataillon «el aparte de su estudio de *Zaragoza*, fundamental análisis de los procedimientos de composición de Galdós»<sup>31</sup>. El último es de 1 de septiembre de 1968 (carta de Bataillon a Menéndez Pidal desde México, donde se celebraba el congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, un mes y medio antes de la muerte de don Ramón, el 14 noviembre 1968). Hay un hueco cronológico entre 1940 y 1946 –con sólo un testimonio de 1942–, momento de dificultades obvias por ambas partes, también epistolares, y donde el recurso a intermediarios era obligado. Así, Menéndez Pidal celebra a 30 de septiembre de 1946 «recibir noticias directas de usted y seguir la marcha de sus trabajos. Es bien triste esta incomunicación que padecemos».

Se trata, en términos generales –y considerando una diferencia de edad entre ellos de casi treinta años–, de correspondencia profesional donde intercambian generosamente opiniones, separatas y bibliografía, o comentan avatares de la profesión en tono siempre elegante y gentil. La amistad y admiración mutuas, que crece al ritmo de los años, deja asomar también noticias de la vida familiar por las dos partes o discretos comentarios y quejas sobre la situación política de dos hombres que quieren mantener viva, en circunstancias de extrema dificultad, la comunicación franco-española y la llama de la añorada «república de las letras».

<sup>31</sup> Se trata probablemente del primer contacto epistolar entre los correspondientes, pues la separata aludida corresponde a «Les sources historiques de *Zaragoza*», *BHi*, XXIII (1921), pp. 129-141. El siguiente testimonio data de 1926 (una carta breve de Marcel Bataillon desde Lisboa a Tomás Navarro Tomás, que actúa como intermediario y quizás por eso se conserva en la misma carpeta de correspondencia). En 1928 Menéndez Pidal escribe una nota invitando a Bataillon a un almuerzo, junto con otros investigadores del Centro. Esto último, y la escasez de documentos de esos años, da idea de que en la década de 1920 la relación era ya consolidada y, además, Bataillon debía de viajar a menudo a España, tras su estancia en la Casa de Velázquez de 1920 a 1922.

Citaré sólo algunos pasajes que aluden al tema americano del que ahora tratamos. Por ejemplo, Bataillon anuncia su viaje a América, en un estado de ánimo delicado:

Pocos días después de restablecerse la comunicación postal entre España y Francia llegó a mis manos una carta de Espasa-Calpe que me anunciaba la nueva edición de *La España del Cid* [...] Estoy pasando una temporada de cansancio y dificultad en el trabajo. ¿Será la consecuencia de las condiciones anormales en que hemos vivido cuatro años? Pienso salir en junio para Méjico y pasar en América española (Méjico, Colombia, Venezuela, tal vez el Perú) unos cinco meses, combinando las clases con algunas investigaciones. Como es mi primer viaje por América, espero que me traerá un valioso enriquecimiento espiritual (5 de abril de 1948)<sup>32</sup>.

Y un año después certifica que:

Un gran viaje que he hecho el año pasado, de junio a noviembre, por las Américas (México, Perú, Colombia, Venezuela, Estados Unidos) me ha retrasado de momento en mis trabajos, si bien ha resultado fecundo en enseñanzas de toda clase (25 mayo 1949).

Menéndez Pidal, otro fascinado por América desde fechas tempranas –en 1905 es su primer viaje– y hasta el final de su vida, acusa recibo de ese interés:

Sabía de su viaje por América, pero no conocía los temas tratados en sus conferencias, tan importantes y atractivas desde el punto de vista literario y social. Esperemos ver publicadas esas disertaciones, o verlas transformadas en artículos de revista (24 junio 1949).

En la última carta enviada a don Ramón (1 de septiembre [de 1968]) desde el III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, celebrado en México, dice don Marcelo:

Al mismo tiempo que cumplo con el encargo de los colegas, añadiendo a su mensaje el de mi vieja y afectuosa admiración, le quiero decir en pocas palabras que este Congreso, admirablemente

---

<sup>32</sup> El viaje americano comienza el 4 de junio y termina el 26 de noviembre de 1948: véase M. Bataillon (ed. C. Bataillon), «Un hispaniste découvre...», cit., pp. 161-162.

organizado por Alatorre y sus colaboradores, ha sido un éxito rotundo y un gran paso para nuestra sociedad, que celebraba su primera reunión en un país de habla española. Estuvo Ud. muy presente en el pensamiento de muchos de nosotros. No dejé de recordar en la sesión inaugural lo que significaba para hispanistas de mi generación el reunirnos en este Colegio de México cuyo primer nombre fue Casa de España, y que tomó como modelo el Centro de Estudios Históricos fundado por Ud.; recordé los vínculos de Alfonso Reyes con el Centro en la época de las *Vísperas de España*, y la importancia decisiva que tuvo para México la llegada de los españoles en cuyo nombre pudo escribir Moreno Villa: «No vinimos acá, nos trajeron las ondas...».

Las cartas de Bataillon son expresivas, afectuosas y cálidas; Menéndez Pidal, como es conocido, siempre fue —aunque de afecciones profundas— más sobrio en su expresión epistolar, incluso con correspondientes especialmente cercanos y asiduos. La admiración y el respeto creció entre los dos sabios, y el propio D. Ramón va aumentando proporcionalmente sus manifestaciones de amistad y apego. Al final de una carta de 24 de junio de 1949 dice:

En fin, muy agradecido a su cariñosa carta. En el aislamiento en que trabajo desde la extinción del Centro de Estudios Históricos, es gran cosa el conversar alguna vez con los antiguos y buenos amigos. Sabe lo es suyo y muy de corazón.

*R. Menéndez Pidal*

En 27 de enero de 1966, la —en mi conocimiento— penúltima carta que D. Ramón dirige a D. Marcelo, encontramos otra expansión poco frecuente:

Siempre recordándole desde mi juventud en la que Ud. fue afecto, faro de puerto, ejemplo y luz en aquel feliz tiempo pasado.

Espero con interés el final de su trabajo sobre el famoso Dr. Laguna que por lo que Ud. dice va a ser interesantísimo.

Sabe siempre muy suyo afectuosamente.

*Ramón Menéndez Pidal*

En el conjunto del epistolario los temas de interés son variados, y no me detendré en ello ahora. Pero Las Casas ocupa un lugar de especial relieve en sus afanes y preocupaciones comunes.



### 3. LAS CASAS, OBJETO DE CORRESPONDENCIA

El intercambio lascasiano comienza en 1952 y se prolonga hasta 1966, aunque con distinta cronología por ambas partes: 1952-1962 en la correspondencia de Menéndez Pidal, cuatro años más en la de Bataillon<sup>33</sup>.

En 27 de febrero de 1952 R. Menéndez Pidal agradece «el envío de sus últimos trabajos, Laguna, Las Casas, el Bachiller de La Torre. Gran tarea sobre todo respecto a Las Casas, descubriendo y esclareciendo tantos aspectos varios en la colonización, con la profunda ecuanimidad habitual en Vd». Es, por lo que por ahora puedo decir, la primera alusión a este fuerte centro de interés común a ambos, que aumenta exponencialmente en años sucesivos.

En 19 octubre de 1958 Bataillon comunica su trabajo sobre el anónimo de Yucay y algunas inquietudes sobre la personalidad de Las Casas. Es un cruce de cartas interesante para definir ya las posiciones respectivas:

Querido Don Ramón:

Al volver de mis lejanas vacaciones de verano (México y Chappell Hill) recibí los libros que Ud. ha tenido la bondad de mandarme: *España, eslabón entre la cristiandad y el Islam* y los dos ejemplares de *El P. Las Casas y Vitoria*. Pensaba darle las gracias y hablar largo con Ud. con ocasión del Coloquio Carlos V. Ya sabrá por Renouard y por Doña Mercedes cuánto hemos sentido no tenerle entre nosotros. Por lo menos nos leyó Vázquez de Parga su magistral comunicación en que recalca la importancia del discurso del obispo Mota. Me ocupé precisamente en el Coloquio de Las Casas y Vitoria en relación con el Emperador, procurando situar en su contexto peruano de 1567-71 la curiosa especie fabricada entonces por el anónimo de Yucay. No creo que pueda tomarse por literalmente cierta. Me gustaría charlar con Ud. —pues soy lascasista, nada fanático— sobre la manera de analizar el funcionamiento mental del P. Las Casas. Desde luego tenía muy poco de erudito objetivo (ni siquiera lo es en su bellísima *Historia de las Indias* cuando está en juego su peculiar providencialismo).

<sup>33</sup> Esto hace también pensar, como decía, que en el IMEC han de conservarse algunas cartas de Pidal que no están aún localizadas y catalogadas, aunque la correspondencia de sus últimos años es, claro está, irregular.

Creo que la anormalidad [subrayado de RMP] a la que Ud. se refiere tiene mucho que ver con la consciencia que tenía [subrayado de RMP] –justificada o no– de su misión providencial [subrayado de RMP]. Supongo que se descubrirán cada vez más indicios de que profetizaba con mucha convicción el castigo divino aparejado contra España por la conducta de los conquistadores. Pero son terribles los profetas que son a la vez hombres de acción persuadidos de ser hombres providenciales [subrayado de RMP]. Y es natural que la auto-justificación, la pasión de influir y mandar, los aparte de las normas prudentes de la información exacta [...] (París, le dimanche 19.X.1958).

El borrador de contestación de Pidal, que sí conserva su archivo –y aparentemente no su original el del IMEC–, es sólo de dos días después, lo que nos da un buen indicio del interés del tema, pues la correspondencia entre los dos tiene muchos eclipses, de meses y a veces de años (en este último caso por múltiples causas):

A Bataillon 21 oct. 1958

Mi querido amigo:

Mucho me alegra el recibir su carta donde [tachado: veo] me da Vd. noticias del «Coloquio [tachado: de] Carlos V», al que tan contrariado dejé de concurrir, y mucho agradezco que Ud., [tachado: con] a pesar de tantos quehaceres como la administración del Collège de France le da, haya tenido tiempo para ver mi estudio sobre el Padre Las Casas [interlineado, con indicación en un círculo para el transcriptor: Aparte].

Y aún, le pido sobre esto un favor; que [tachado: lo] algo que vea en ese estudio que pueda molestar a un lascasista nada exaltado como Ud., me lo apunte, para tenerlo en cuenta, pues [tachado: pienso publicar] tengo adelantados otros capítulos sobre Las Casas, [tachado: que ya tengo muy adelantados] para su publicación. Ve Ud. justamente la anomalía [tachado: de Las Casas] de este gran apóstol: un hombre del siglo XVI que se cree profeta, enviado por Dios, no es un hombre normal. De ahí parto yo. Mucho le agradeceré cualquier observación concreta que en este sentido me quiera Ud. hacer sobre las páginas ya publicadas [...].

Un año después, Pidal dice:

Ahora, por no perder unas notas que tenía sobre Las Casas, estoy perdiendo mucho tiempo en pergeñarlas para la imprenta. Estoy terminando ya este trabajo que llevo con poca gana. Deseo

ponerme cuanto antes a la Historia de épica (*sic*) española que llevo tan retrasada (7 oct. 1959).

Sólo veinte días después, contesta Bataillon:

Vous faites bien de vider votre sac sur Las Casas. C'est un personnage irritant, mais passionnant et admirable en son genre. Il m'irrite moins que vous, sans doute parce que je lui connais plus de frères. On vient en fin de me publier à Caracas dans *Cultura Universitaria* une petite étude (*Estas Indias...*) qui soulève de différentes questions jamais encore traitées. J'y ai fait allusion dans un compte rendu que je vous envoie pour le cas où j'aurais omis de vous l'envoyer. Les vénézuéliens ne m'ont pas fait de tirés à part. Mais je tâcherai de multiplier ces 8 pages (le 27 Octobre 1959; subrayado del autor).

Las opiniones se van definiendo, suponemos que no sólo en las publicaciones respectivas, sino en diversas conversaciones en Madrid. En 1961, desde Cambridge, Bataillon comunica lo siguiente:

[...] El tema de mis conferencias de aquí es *Las Casas*, asunto sobre el cual sé que no estamos de acuerdo.

Conste que yo procuro *entender* a Las Casas como hombre del siglo XVI y auténtico testigo de las Indias de entonces, más bien que *juzgarlo* (claro que él juzgó a los demás y se expuso a represalias). Admiro su intransigencia, tal vez por lo mismo que no sé personalmente ser intransigente.

Como Ud. me había dicho su deseo de que le avisara de mis divergencias eventuales, le quiero advertir por lo menos un error, que es general, a pesar de que lo he rectificado en varias publicaciones y en mis cursos después de curarme de él. El primer padre de la leyenda negra no es Las Casas sino Benzoni, plagiaro intencionado –mal intencionado– de Gómara. Sobre todo [interlineado:] desde 1579-80 en su versión latina por el hugonote Urbain Chauveton, que se hizo libro de biblioteca en la monumental *América* de De Bry (Francfort 1594). Para este in-folio y no para la *Brevísima relación* se hicieron los famosos grabados.

Reciba el afectuoso saludo de su viejo amigo y admirador.

M. Bataillon (25-X-1961; los subrayados son del autor)

El IMEC no conserva, que yo sepa, respuesta de D. Ramón a esta carta, y tampoco hay borrador en el AMP, aunque la conservación de borradores no es sistemática.

En 9 octubre de 1962 vuelve a aparecer el mismo tema del origen de la leyenda negra. Dice Bataillon:

Ya que le prometí mandarle cuanto pueda ayudarle a apreciar exactamente el papel de Las Casas como autor de la llamada leyenda negra, le mando un texto de Ambroise Paré que me salió al paso hace dos o tres meses, y que pone en evidencia otras fuentes que, a mi ver, crearon el ambiente desfavorable a la conquista española antes de que cundiera en el extranjero la *Brevísima relación* (le 9 Oct. 1962).

[En hoja aparte: Ambroise Paré

*Les œuvres d'Ambroise Paré* Paris 1585 [hermoso in-folio reimpresso el año pasado en facsímil]

p. MCCXXVII (*Apologie et Traicté contenant les Voyages*)

à propos du traitement humain dont bénéficié de la part des français les soldats ennemis laissés par l'armée espagnole à l'Abbaye de St. Avoul le chirurgien français opine que la réciproque n'eût pas été vraie,

«(parce que l'Espagnol est tres cruel, perfide et inhumain, et partant ennemi de toutes nations). Ce qui se preuve par Lopez Espagnol [= Gómara] et Benzo Milanos, et autres qui ont escrit l'histoire de l'Amérique et Inde Occidentale, ont esté contraints de confesser que la cruauté, auarice, blasphemes et meschanceté des Espagnols ont du tout aliéné les pauures Indiens de la religion que lesdits Espagnols disoyent tenir. Et tous escriuent qu'ils vallent moins que les Indiens idolatres par le cruel traitement fait ausdits Indiens». [Todo el pasaje lleva una raya lateral al margen]

Creo que no se conoce edición aparte de la *Apologie* autobiográfica de A. Paré y que hace su aparición esta 3.<sup>a</sup> edición de *Les Œuvres* (1585), es decir posteriormente a las versiones de Benzoni por U. Chaveton en latín y en francés y a las primeras ediciones de *Tyrannie et cruautés* de Las Casas en francés.

Veinte días después responde Don Ramón con un estado de la cuestión sobre el tema común, nuevas dudas y consultas, que denotan el máximo aprecio que tiene por el criterio de Don Marcelo:

Mi querido amigo:

Según Ud. me advirtió bondadosamente en carta de 25 de octubre 61, los 17 grabados truculentos de De Bry se hicieron para la versión latina de Benzoni *Historia del Mondo Nuovo* hecha por

Urbain Chauveton, publicada en 1579-80. Entiendo que esa versión entró después a formar parte de las *Collectiones peregrinationum in Indiam*, Francfort 1590; y de ahí pasaron los 17 grabados ¿hechos en 1580? a la *Narratio regionum... devastatarum per Bartholomeum Casaum conscriptas*, Frankfurt 1598.

Mi duda es que, si Benzoni no se inspiró más que en Gómara (muy vago en sus acusaciones de crueldad), no pudo inspirar, a su vez, al grabador que evidentemente representa escenas descritas por Las Casas. ¿Es que Benzoni recargó a Gómara con Las Casas? Si Ud. recuerda buenamente alguna precisión sobre esto, le agradecería unas líneas al caso. Me gustaría poner una breve nota sobre los grabados, para no repetir el error que Ud. me advierte.

Y perdóneme le perturbe con mis dudas ¡Tendría tanto que consultar con Ud., ahora que voy a mandar a la imprenta este *Las Casas* tantas veces interrumpido! Utilizo mucho la siempre imparcial crítica que Ud. practica (28 febrero 1962).

Tres días más tarde responde Bataillon:

Querido Don Ramón:

No creo que De Bry haya sido estudiado como merece. No excluyo la posibilidad de que conociera la *Brevísima relación* de Las Casas antes de grabar la serie famosa de escenas americanas. Pero no veo nada que obligue a pensarlo. No conoció a Las Casas el traductor de Benzoni, Chauveton, que en sus notas (sobre todo en las de la versión francesa) alega profusamente a Gómara, pero ni una sola vez a Las Casas.

Me ocupé de estas cuestiones en mis cursos del Colegio sobre fuentes e influencia de Gómara, cuyos resúmenes le mando ahora. Aludí a ellas en varios trabajos como el artículo sobre *Montaigne* (aunque estoy casi seguro de habérselo mandado va adjunto otro ejemplar por si acaso). La historiografía de la conquista de América sigue siendo campo casi virgen por lo que se refiere al estudio de fuentes, utilización mutua, etc... Me sigo dedicando a ella como verá por mis cursos sobre el sesudo cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara.

Y es que hice mal en no mandarle estos informes *provisionales* del *Anuario* del Colegio sobre mi investigación. Subsano la falta en lo que cabe (no me quedan separatas del anuario de 1959).

Sigo pensando que el enfoque del autor anónimo del Memorial de Yucay (aislar a Las Casas, única víctima de un engaño del demonio) es una ingenuidad tan grande como la que se ha hecho proverbial en Francia a propósito de la revolución Francesa «C'est la faute à Voltaire...».

También va con ésta mi única publicación reciente (después del libro celestinesco): una conferencia sobre Rod[rigo] Lozano, fuente común de Zárate y de Gómara.

Le saluda con el afecto de siempre su viejo amigo y admirador.

M. Bataillon (3 marzo 1962)

[En lateral derecho de la primera cuartilla de la carta:] A propósito de la filiación Gómara – Benzoni – Chauveton – De Bry – Herrera, puede Ud ver mi conferencia de Londres (Canning House) 1956, «Le lien religieux des conquérants du Pérou» (Diamante IV), de la que no conservo más que un ejemplar. Pero Ud. tendrá esa colección de folletos publicados por The Hispanic and Luso-Brazilian Councils.

Tras diez días, la respuesta de Pidal, en la que vemos crecer el interés y también las expresiones de admiración intelectual y afecto:

Querido Bataillon:

Recibo su envío que completamente aclara los orígenes de la leyenda negra con la concurrencia de Benzoni y Las Casas. Muy agradecido, por esto y por los extractos de los *Anuarios* del Colegio de Francia donde veo la profunda labor que Ud. consagra a la historiografía de la conquista indiana, tema que aquí en España debiéramos cultivar constantemente. Siempre nuestro trabajo es descuidado. Mucho me interesa su sutil averiguación sobre *Rodrigo Lozano*, así como *Montaigne et les conquérants de l'or*, que no creo haber recibido antes.

Y yo siempre mendigando. ¿Tendría Ud. un ejemplar para mí de su *Hernán Cortés autor prohibido*, del volumen jubilar de Alfonso Reyes? Supongo se referirá a la actitud de Méjico respecto a Cortés, tema que me interesa, y creo que no tengo el citado volumen. Padezco un desorden espantoso en mis libros, que ahora quiero remediar, aunque flojamente, porque para lo que voy a vivir no vale la pena preocuparse mucho, sino «ir trampeando».

Quiero enviar mi *Las Casas* a la imprenta antes de fines de este mes. Al lado de la «ingenuidad» del Anónimo de Yucay (Las Casas víctima del demonio), recojo la afirmación de ser varios los frailes seducidos por el diablo, y recojo la consideración de Chacón y Calvo de encontrarse por centenares los acusadores de los malos tratos dados a los indios. Había infinitos censores. Sólo creo que la exageración acusatoria de Las Casas, notada por todos, tenía varios caracteres de anormalidad, y [interlineado a mano:] observo

que las biografías lascasianas alaban rutinariamente al biografiado en ocasiones no loables. [...]

Con muy cariñosos recuerdos y cada vez mayor adhesión a sus admirables trabajos.

R. Menéndez Pidal (14 marzo 1962)

Esta es la última referencia a Las Casas que la correspondencia revela por parte de Menéndez Pidal, aunque su última carta a Bataillon sea de 30 de diciembre de 1966. Quizás existieran otras, pero no parecen haberse conservado. También es cierto que en los años finales del ya casi centenario Pidal, el epistolario disminuye drásticamente, incluso con correspondencias tenaces de deslumbrante liberalidad, como Américo Castro. Además, debió de existir alguna entrevista, con ocasión de los viajes a Madrid de Don Marcelo, y una segura en el Congreso de Oxford (1963)<sup>34</sup>.

Por el lado de Bataillon sí hay más cartas que aluden al tema lascasiano: cuatro entre 1963 y 1966, todas con información análoga. En diciembre de 1963, deja claros los desacuerdos de ambos y vuelve a reivindicar su propia ecuanimidad en la consideración del obispo de Chiapas. Tras la queja por el retraso acumulado en algunos trabajos, producto de la dedicación a otros (entre ellos una reseña a *La originalidad artística de La Celestina* de M.<sup>a</sup> Rosa Lida), comunica:

Esto quiere decir que duermen los trabajos lascasianos. Se ocupan aquí de reunir en un volumen mis trabajos referentes al asunto. Es probable que, a manera de introducción, redacte, en la próxima primavera, mi modo de enfocar el estado de la cuestión de Las Casas. Ya sabe que, si discrepo de algunas de sus opiniones, respeto el amor a la verdad que le ha guiado en su interpretación del Obispo de Chiapas, y que ni soy capaz de seguir la corriente hagiográfica ni de escandalizarme con ningún juicio independiente sobre el inquieto procurador de los indios (29-XII-1963).

<sup>34</sup> En el AMP se conserva un borrador de Pidal (agosto 1962) a Salvador de Madariaga en el que le anuncia que va a tener que restringir su estancia en Oxford por razones de salud, pero que acudirá con interés: «Iré, pues, para leer una breve comunicación sobre las biografías del Padre Las Casas, aprovechando la circunstancia de hallarse ahí Marcel Bataillon, el gran conocedor de Las Casas, con quien deseo hablar sobre el tema».

Nuevas noticias dos años después, donde además de explicar el retraso de imprenta de sus *Études sur Bartolomé de Las Casas*, que quedarán para el año siguiente, el del centenario, vuelve a justificar y señalar los términos del disentimiento:

Une des dernières choses que j'aie rédigées dans une mansarde du Collège de France a été l'introduction du recueil de mes *Études sur Bartolomé de Las Casas*, où j'essaye de rendre compte du dissentiment qui nous oppose au sujet de ce grand homme –faux grand homme selon vous–. J'y exprime aussi ma conviction que l'ébranlement que vous avez provoqué dans les études lascasiennes leur sera profitable en définitive. Les désespérantes lenteurs de l'imprimerie (deux imprimeurs se «renvoient la balle» parce qu'on reproduit anastatiquelement les articles parus dans le *Bulletin*) m'empêchent de vous envoyer ce volume aussi tôt que j'avais souhaité. Ce sera pour 1966, année du 4<sup>e</sup> centenaire de la mort de Fray Bartolomé (le 29.XII.1965).

La misma información, en diciembre de 1966, una vez publicado el libro:

Habrà recibido en julio mis «Études sur Bartolomé de Las Casas» con una introducción en que puntualizo nuestros puntos de desacuerdo y expreso mi firme esperanza de que su libro, a pesar –o a causa– de las resistencias que provocó resulte provechoso para los estudios lascasianos. Pero esto es una fase superada de su labor, como lo es de la mía (he huido de los homenajes más o menos hagiográficos del 4.<sup>o</sup> Centenario de la muerte de Fr. Bartolomé). Lo que hace falta ahora es que los jóvenes trabajen en serio y objetivamente sobre los grandes temas de la conquista de América. Quisiera ya volver para terminarlo a mi trabajo sobre el *Viaje de Turquía* y el Dr. Laguna. Me faltan todavía algunas series de Simancas por reparar. Pero me acaparan trabajos de encargo (25-XII-1966).

#### 4. UNA VALORACIÓN

Es hora ya de evaluar este tema epistolográfico, uno que adquirió un volumen distinguido con respecto a otros, precisamente en los años en que ambos corresponsales estaban produciendo sus obras más significativas sobre el asunto: Bataillon reunía en un libro un conjunto de artículos previos, doce, a los que añadía una introducción. En ella, precisamente, la novedad era precisar de for-



ma razonada sus discrepancias con el libro de Ramón Menéndez Pidal, *El padre Las Casas. Su doble personalidad*, Madrid, Espasa-Calpe/Grandes Biografías, 1963, el último de los suyos.

El «Cajón Las Casas» que custodia el AMP conserva unitariamente lo que preocupó a Pidal en la fase final de su libro, desde las primeras pruebas hasta la impresión definitiva<sup>35</sup>. Allí, además de los juegos de pruebas, se conservan adiciones al libro –una motivada por Bataillon–, su intervención en el Congreso de Hispanistas de Oxford de 1963, cartas de solicitud de láminas a diversas bibliotecas, aclaraciones recibidas sobre determinados términos psiquiátricos, artículos de periódico de ecos producidos que le hacen llegar amigos o admiradores, y un conjunto variado de correspondencia de ese momento, en una subcarpeta rotulada «Cartas para guardar». Significativamente allí, y no en el archivo general de correspondencia, se encuentran archivadas dos de las cartas de Bataillon (de 25-X-1961 y 3-III-1962, junto a un borrador de Pidal); son las que tocan asuntos lascasianos más concretos. Este lugar de conservación da ya una idea de que el último don Ramón tuvo un apego diferenciado a las informaciones y juicios que le proporcionó don Marcelo, y que unas y otros influyeron sobre él. Las otras cartas que las acompañan son también del máximo interés para él: peticiones de información (de especial importancia el *dossier* que afecta a los psiquiatras Román Alberca y José Germain, consultores que le dieron su opinión sobre rasgos de la personalidad de fray Bartolomé)<sup>36</sup>; también solicitudes de transcripciones de legajos y reproducciones sobre agravios a los

<sup>35</sup> Se conservan, además, otros dos nutridos archivadores que recogen la recepción y ecos que tuvieron las ideas pidalinias sobre Las Casas; incluyen la ponencia del Congreso de Oxford y la del Instituto de Estudios Africanos, separatas de muy distintas procedencias, correspondencia variada, recortes de prensa y diversos documentos de enorme interés. Acceder a este tesoro documental hubiera sido para mí de todo punto imposible sin el concurso experto y generoso del mejor conocedor presente de ese archivo, el actual secretario de la FRMP, Jesús Antonio Cid. También se conserva un ejemplar ya impreso del libro de Pidal donde su autor añade de su propia mano minuciosas anotaciones al margen.

<sup>36</sup> Un párrafo de un borrador dirigido a R. Alberca en julio de 1962 permite hacerse una idea de la trascendencia que daba Menéndez Pidal a la aprobación de sus juicios por los dos psiquiatras: «Entonces yo desearía recibir algunas observaciones

indios (al Archivo de Simancas, Archivo de Indias, Biblioteca Nacional de España, Biblioteca Universitaria de Michigan, etc.). Las más importantes conciernen a los grabados de De Bry y otros dibujos. Es claro que Don Ramón recurrió a todos los colegas que consideró competentes para aclarar los términos de esos grabados de De Bry. Se conserva, entre varias, una carta de 24 de marzo de 1962 de Lewis Hanke<sup>37</sup>, donde el que llegaría a enfrentarse ásperamente con Pidal por sus tesis lascasianas, le facilita las señas del director de la William L. Clements Library de la Universidad de Michigan: allí se conservan las «water-colors» de un manuscrito francés que traduce a Las Casas en 1582, quizás con destino a un impreso, que interesan a Pidal por si pudieran haber sido la fuente de De Bry, quien publica sus grabados en 1598. El 11 de abril contesta el director de la William L. Clements Library, envía las reproducciones y le da todos los datos que conoce al respecto<sup>38</sup>.

.....

de Uds. Cuando sea posible, pues deseo corregir en mi texto si algo hay en él garrafal que yo no debiera decir ni repetir. Deseo devolver a la imprenta mi juego de pruebas para que las ajusten en páginas, y después de ajustadas ya no es posible hacer supresiones ni adiciones. Esta carta mía no indica apuro ninguno de tiempo, pues esperaré todo el tiempo que sea preciso. [...] Pueden Uds. conservar los dos juegos de pruebas que les envié cuanto tiempo quieran, mientras corrijo las segundas pruebas y se comienza la tirada, pues el parecer de Uds. irá al final si Uds. me honran formulándolo». Análogo en borrador de 10 de septiembre de 1962, insistiendo en su condición de profano en la materia: «...me encuentro con la prisa de devolver a Calpe las primeras pruebas de imprenta que tengo en corrección desde junio. [...] Sólo quisiera me dijese si me van Uds. a indicar algo que deba esclarecer, algo que deba añadir, o algo que deba excluir por ser demasiado erróneo, pues en ese caso detendré las pruebas todo el tiempo que sea necesario. Cualquier observación de Uds. me será preciosa. La deseo vivamente, en beneficio de mi total ignorancia psicologista». A ambos ruega confidencialidad en la lectura de sus pruebas, pues aún va a hacer modificaciones sobre el texto de varias partes, en particular del prólogo.

<sup>37</sup> «Distinguido y recordado maestro: Your letter of March 14 just reached me from Texas [...] I am delighted to learn that you are now completing your work on Las Casas, and I look forward eagerly to seeing it. With respect to the water-colors you mention, I suggest that you write directly to this address [...] So far as I know, there has been no study made of these water-colors but I am sure that the Director of the William Clements Library will be able to give you accurate information and tell you how copies may be obtained. With best wishes. Cordially yours, Lewis Hanke» (24 de marzo de 1962).

<sup>38</sup> «My dear Señor Menéndez Pidal: The seventeenth watercolors about which prof. Lewis Hanke told you are contained in a manuscript book in this Library. The

En este mismo nido documental que es el «Cajón Las Casas», se observa la curiosidad pidalina incluso por un cuadro sobre fray Bartolomé pintado en 1875, de Félix Parra, pintor mexicano (1845-1919), para cuya reproducción moviliza a Pedro Grases, amigo de la Academia Nacional de la Historia de Caracas. Otro lienzo de Tito Salas, «El loco griego», presenta a un Bolívar que Pidal asocia al defensor de los indios, del que Salas había pintado otro cuadro: para obtener la reproducción recurre al matrimonio Ángel y Carmen Helena Rosenblat, que están en Caracas.

En este contexto, admira la capacidad del nonagenario, ya físicamente muy disminuido, para desplegar la energía y el rigor de los detalles. Las informaciones de Bataillon (y los otros materiales mencionados) pasarán al libro en las últimas pruebas.

A juzgar por las cartas conservadas, lo que preocupó más a Bataillon fue el encaje que su corresponsal había de tener de la discrepancia. En los epistolarios esa inquietud se manifiesta en términos afectuosos, respetuosos y diplomáticos. Hay que acudir a su introducción a los *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas* para marcar mejor los puntos de desacuerdo, respetuosos también, pero más nítidos; el libro de don Ramón, a su juicio y el de otros, había «puesto en duda los fundamentos y el valor de los estudios lascasianos», porque estos «pierden el tiempo en

.....

book is a French translation of Las Casas' *Tyrannies et Cruautez des Espagnols* made in 1582. It is not a handwritten copy of the French translation printed in Antwerp in 1579 and again in Paris in 1582. Those two editions contained no illustrations. We know very little about this book. Apparently it is the original manuscript for an *intended* French edition that was to be illustrated. No illustrations appeared until De Bry published his Latin translation in 1598. It is possible and even probable that De Bry saw these watercolors and used them as the basis for his engravings. I will send you black and white copies of the seventeen pictures. They are not pleasant subjects to see. The colors are quite vivid. If you wish to see colored reproductions of any of the plates, you may order them. By coincidence we have also received an inquiry about these illustrations from American Heritage Magazine, which has received an essay on Las Casas from prof. Hanke. I do not yet know whether the Magazine will decide to reproduce any of the watercolors. Very truly yours, Howard H. Peckham Director» (11 de abril de 1962).

explicar, según la psicología normal, un caso que compete a la psicopatología<sup>39</sup>. En Las Casas

... habrían cohabitado dos personas: un ser generoso, sensible, medurado, tal como nos aparece fray Bartolomé cuando declara en el proceso de su amigo el arzobispo Carranza; un ser paranoico que se desmanda perdiendo toda noción de sí y de la realidad tan pronto como entra en juego el objeto de su idea fija, la defensa de los indios, objeto que él adorna de todas las virtudes, frente a «los españoles» sobre los que carga odiosamente y sin excepción todos los crímenes más atroces. [...] Menéndez Pidal, recurriendo a la noción de *paranoia*, pretende dar al término, no valor de injuria, sino rigor de diagnóstico, hasta tal punto que se escuda detrás de la opinión de dos psiquiatras<sup>40</sup>.

Opina que «el recurso de la paranoia parece ser que no fue para don Ramón más que un expediente tardíamente imaginado para atenuar la virulencia de una requisitoria contra un personaje cuyos procederes intelectuales y comportamientos sociales le repugnaban<sup>41</sup>. Sería una forma de erigirse en juez –y reconocemos los ecos de una carta citada arriba– para declarar irresponsable a alguien que ha ennegrecido el pasado de sus compatriotas; pero a su juicio no lo analiza como enfermo, sino como culpable, dando a «un eminente lascasiano<sup>42</sup>, al que este

<sup>39</sup> M. Bataillon [1966] 1976: 7, 14-15, respectivamente.

<sup>40</sup> *Ibid.*: 15.

<sup>41</sup> *Ibid.*: 16. Aunque las ideas venían de publicaciones anteriores (desde 1940), «lo nuevo en el libro de Menéndez Pidal es presentar la exageración y las implacables acusaciones como efecto de una enfermedad mental...» (*ibid.*, p. 35). No es por completo exacto: Menéndez Pidal había insistido en la idea de la paranoia desde 1957 («Una norma anormal del Padre Las Casas», *Cuadernos Hispanoamericanos* 88 (1957), pp. 5-15, tirada aparte (véase más adelante, n. 60); lo realmente nuevo era recurrir a la revisión de sus apreciaciones psiquiátricas de «profano» por dos expertos, R. Alberca y J. Germain, como explica el autor en su prólogo.

<sup>42</sup> Se trata de Lewis Hanke, «More Heat and some Light on the Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America», *Hispanic American Historical Review*, VIII (1964), pp. 293-340, en esp. 309-340; en 313-314 Hanke hace una enumeración caótica de los adjetivos depreciadores aplicados por Pidal a Las Casas, que fue muy comentada. (La separata que conserva el AMP tiene interesantes notas marginales de Menéndez Pidal). Véase también Manuel Giménez Fernández, «Sobre Bartolomé de las Casas», *Anales de la Universidad Hispalense*, XXIV (1964), págs. 1-65, que Bataillon considera «la crítica más amplia y la más rigurosa al libro de Menéndez

libro entristece, la ocasión de inventariar la gama, a la vez rica y monótona, de calificativos peyorativos que don Ramón aplica sin cesar a Las Casas»<sup>43</sup>.

Verbaliza incluso el conflicto en el que él mismo se encuentra, probablemente el párrafo clave para entender (en los términos personales) la introducción a sus *Études sur Bartolomé de Las Casas*:

Me coloca personalmente en una cruel situación. El anciano y venerado maestro, que lo preveía, expresa (p. XVI) su disgusto por nuestra divergencia en términos conmovedores para mí, por lo mismo que se siente mucho menos en desacuerdo con mis trabajos que con los de otros lascasianos más confirmados. ¡Cuál no será mi disgusto, yo que profeso un apego filial hacia el patriarca de los estudios históricos y filológicos! He aquí que alabado por él como no había tenido aún ocasión de serlo, le veo con amargura utilizar mis interpretaciones y mis hipótesis en apoyo de una tesis que me parece indefendible, y en contra de los buenos lascasianos a quienes siento haber inquietado más de lo justo<sup>44</sup>.

Los argumentos contrarios que expresa Bataillon son desde su ángulo de visión fuertes, y coinciden con los de otros lascasistas: un «libro de tesis» no debería desarrollarse en forma de biografía<sup>45</sup>. Su figura se aísla de otros defensores de los indios. La enfermedad mental necesita definición histórica, pues no son idénticos los criterios de cada época para diagnosticarla<sup>46</sup>. La comparación con Don Quijote no se sustenta, pues éste se distingue por su separación de la realidad para obtener la burla

---

Pidal» (M. Bataillon [1966] 1976: 17, nota). Sobre las polémicas suscitadas, Raymond Marcus, «Las Casas: A Selective Bibliography», en *Bartolomé de las Casas in History. Toward an Understanding of the Man and his Work*, eds. Juan Friede y Benjamín Keen, Dekalb, Northern Illinois University Press, 1971, pp. 603-616, espec. n.º 70, pp. 612-613.

<sup>43</sup> M. Bataillon [1966] 1976: 16.

<sup>44</sup> *Ibid.*: 17.

<sup>45</sup> Una crítica parecida hace L. Hanke y desarrolla sobre todo el dominico Venancio Carro (en *El Universal*, 19 de julio 1964, p. 3).

<sup>46</sup> Lo mismo en esencia, aunque con tosquedad evidente en las formas, expresa Hanke: *La Gaceta* de México (marzo de 1963, v. abajo, nota 66). El recurso a la psicopatología fue, probablemente, el aspecto más censurado del libro de Pidal.

en el universo de la ficción, en tanto que Las Casas pertenece a una minoría activa que cuestiona sobre el terreno el poder de los colonos con armas de posibilista. Discrepa en el valor excepcional que Pidal da al memorial de Yucay –para él una superchería (y volvemos a reconocer párrafos de las cartas)–, que relaciona con otros textos. Las Casas sólo habló de colonización pacífica, no de abandono de la soberanía, y Bataillon no lo ve distante de Rodrigo de Ladrada o de Vitoria, aunque reconoce que habría decepción en fray Bartolomé al leer los títulos «legítimos», que «podrían justificar una guerra defensiva»<sup>47</sup>, como, por ejemplo, los que afectan a sacrificios humanos y antropofagia. Pero no acepta la idea pidalina de un Vitoria moderno y un Las Casas providencialista y medieval, opuestos en torno a la cuestión peruana en 1542, y desaprueba su interpretación de la carta de Vitoria a fray Miguel de Arcos, único texto suyo personal y no jurídico: «Nunca quizás una idea preconcebida habrá desfigurado tanto a Vitoria para hacerle contrastar con Las Casas»<sup>48</sup>. La utopía lascasiana basada en el derecho natural resulta cómica a los ojos de Pidal comparada con cualquier imperio, siempre establecido por la fuerza, aunque Bataillon llama a considerar algunas referencias que implicarían, quizás, una reorientación del problema<sup>49</sup>. Además, «la más indefendible de las posiciones de Menéndez Pidal es la de descalificar la oposición irreductible de Las Casas a la encomienda como una idea fija de carácter morbosos, a la vez causa y efecto de una especie de ceguera ante las realidades de su tiempo, percibidas y reconocidas por los otros evangelizadores»<sup>50</sup>. Aprovecha la ocasión para rectificar un error propio y en cualquier caso sostiene la coherencia del obispo en denunciar la encomienda como mal

---

<sup>47</sup> M. Bataillon [1966] 1976: 22. Bataillon confiesa: «Y sea cual sea la admiración que siento por el teólogo jurista de Salamanca yo también me siento molesto por la maniobra que le permite darle la vuelta como a un guante a su quinto título *ilegítimo* y convertirlo en su quinto título *legítimo*» (*ibid.*, p. 23).

<sup>48</sup> *Ibid.*: 26.

<sup>49</sup> *Ibid.*: 26-28.

<sup>50</sup> *Ibid.*: 28.

absoluto, basada en su experiencia y en su autoconsideración como enviado de Dios para *remediar* las Indias, logrando hacerse escuchar en los Consejos de Gobierno y cargar de forma pesada la conciencia del soberano. Sus inquietudes escatológicas conectan con las de otros misioneros y «ni estas ideas ni este sentimiento autorizan para que juzguemos a Las Casas como un anormal o siquiera un retrasado»<sup>51</sup>. Esa explicación psicopatológica es para él «poco convincente», tratada de forma anacrónica e incluso tendenciosa, y pone algunos ejemplos de otros coetáneos que dijeron lo mismo que Las Casas sin haber sido recusados<sup>52</sup>.

Con todo, reconoce que algunas llamadas de atención sobre temas que deben investigarse serán fructíferas<sup>53</sup> y, como anunciaba en sus cartas, la polémica a la que el libro pidalino ha dado lugar va a ser un acicate para la investigación: «la tesis de don Ramón Menéndez Pidal será ampliamente refutada por los descubrimientos hechos, o por hacer, sobre la realidad de la encomienda», sobre «el problema del cumplimiento o incumplimiento de las Leyes Nuevas», el trato dado a los indios, etc., factores todos que permitirán aquilatar mejor la veracidad de Las Casas como historiador, y no limitarse a denunciar las ya por todos aceptadas –hasta por los apologistas– exageraciones de la *Brevísima*<sup>54</sup>. «Es de prever que el libro de Menéndez Pidal, en lugar de contribuir a desacreditar a Las Casas como calumniador de los conquistadores, incitará más y más a controlar la veracidad de las imputaciones de fray Bartolomé en la medida en que los medios de control existen»<sup>55</sup>.

<sup>51</sup> *Ibid.*: 31.

<sup>52</sup> *Ibid.*: 35-37.

<sup>53</sup> *Ibid.*: 37-38.

<sup>54</sup> *Ibid.*: 31 y ss. Lamenta «que los testimonios que afluyeron durante los 20 últimos años de su vida [de Las Casas] hacia el protector general de las Indias, hayan sido sustraídos de la herencia de sus papeles personales donde se había precavido de que fueran conservados como otras justificaciones de su actuación» (*ibid.*, p. 34).

<sup>55</sup> *Ibid.*: 37.

En el capítulo pidalino sobre «Éxito de posteridad», Bataillon considera desafortunado a su maestro por hacer al fraile responsable de la leyenda negra, «aunque –añade– reconoce que Benzoni, traducido al francés y al latín por el hugonote Chauveton, e ilustrado por De Bry, se ha anticipado al éxito póstumo de las traducciones de Las Casas como vehículo de esta leyenda antiespañola»<sup>56</sup> [es decir, los datos que él mismo ha intercambiado en varias cartas]. Igualmente se hace eco de otra de las consultas de la correspondencia: «queda aún por hacer una amplia investigación sobre la influencia de Benzoni y de Las Casas como difusores en el extranjero de una imagen de la conquista española en la que sobresale lo negro de los abusos. Junto a Ambrosio Paré, a quien don Ramón consiste (*sic*) en citar (p. 363, n. 22), sería preciso situar a Montaigne en persona, que conoció también a Gómara y a Benzoni, pero ignoró a Las Casas»<sup>57</sup>.

Termina lamentando que Pidal contribuya al antilascasianismo patriótico que se cierne sobre la figura desde los inicios de su acción, y deplora, citando a Renan («Sólo se debe escribir sobre lo que se ama»), que escribiera acerca de

un gran hombre al que no quería [...] Pero –añade– hay una gran ventaja reservada al hombre ilustre que repudia con o sin razón todas las opiniones recibidas, y es la de que sus opiniones singulares tienen el derecho de ser refutadas más a fondo que otras ideas parecidas lanzadas con menos autoridad. Y a fin de cuentas, los estudios lascasianos, tras veinte años de pleno auge, se verán enriquecidos aún por las largas series de discusiones, búsquedas y análisis que provoca inevitablemente un libro firmado por Menéndez Pidal<sup>58</sup>.

Las tesis pidalinas no nacen *ex novo*, sino producto, según él mismo indica, de una ampliación de una célebre conferencia en La Habana, en plena guerra civil, a propósito de la *Idea*

<sup>56</sup> *Ibid.*: 40.

<sup>57</sup> *Ibid.*: 40.

<sup>58</sup> *Ibid.*: 42. La cita de Renan sirvió a menudo de referente a M. Bataillon: «Il aimait à citer ce mot de Renan: “On ne doit jamais écrire que de ce qu'on aime”, et il s'efforçait de connaître assez bien ses disciples pour qu'il en fût ainsi» (v. R. Marcus 2004: 217-218).



*imperial de Carlos V*—cuestión sobre la que ya trabajaba de años atrás<sup>59</sup>—, y de posteriores publicaciones parciales en 1940 y 1956 sobre Vitoria y Las Casas.

El punto de partida de Pidal es que las biografías de Las Casas son tradicionalmente acrílicas y hagiográficas, no cuestionan las desmesuras y contradicciones del personaje, no sólo en las cifras y desmanes españoles enumerados por el biografiado, sino tampoco en las incongruencias establecidas entre sus diversos escritos. Percibe también un hecho no equívoco: que la fama del «Apóstol de los indios» no nace de sus excelentes escritos históricos (*Historia de las Indias, Apologética Historia*), que permanecieron inéditos hasta fines del siglo XIX y principios del XX, sino sólo del renombre de la *Brevísima*, publicada sin licencia en 1552, obra sin valor histórico —sí libelístico, como escrito de trámite— y reeditada en seis lenguas y cincuenta ediciones en toda Europa no para ser usada intelectual o socialmente, sino como arma política antiespañola.

Cuestiona las fuentes de los biógrafos antiguos y de la mayoría de los modernos, procedentes sólo bien de los autoelogios del mismo Las Casas (de historicidad bajo sospecha, no atenuada por

---

<sup>59</sup> «... una sugestión por mí recibida para que ampliase ideas sobre América y Carlos V adelantadas hacía poco en La Habana» (Menéndez Pidal 1963: v). No es, por tanto, exacto que la «idea imperial» sea un acomodo a la España de la postguerra civil y la revista *Escorial*, como sugirieron (y siguen sugiriendo) varios, en especial L. Hanke (n.º 748 de L. Hanke y M. Giménez Fernández, *Bartolomé de las Casas, 1474-1566. Bibliografía crítica y cuerpo de materiales para el estudio de su vida, escritos, actuación y polémicas que se suscitaron*, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico J. Toribio Medina, 1954, vol. II, p. 324), y repite Giménez Fernández (1964: 15). El AMP conserva materiales (fichas, referencias, notas, recortes de prensa, cuartillas mss., cartas) que muestran que en 1927 y 1928 ya trabajaba sobre ello, y algunas cartas con Aurelio Viñas permiten deducir que lo mismo ocurría en 1933. Por eso se explica la primera nota de Menéndez Pidal en su libro lascasiano: «La sugestión [de ocuparse de ampliar en *Escorial* ideas sobre América y Carlos V vertidas en la conferencia de La Habana] venía de los únicos que, en circunstancias muy difíciles de mi vida, en la España de aquellos años, se me mostraron amigos. Digo esto para responder a una intencionada insinuación de mi admirado amigo L. Hanke en su *Biografía* de Las Casas, número 748» (1963: v, n. 1). Cabe destacar la elegancia pidalina de esta respuesta, pues la redacción, tanto de Hanke como de Giménez, leída en contexto, permite a la «insinuación» el calificativo de insidiosa, además de «intencionada».

sus actitudes piadosas y altruistas también espigadas aquí y allá), o de los que le destina su compañero de orden en 1619, Remesal, basado en esos mismos documentos. La mayoría de los biógrafos modernos perpetúan el tono hagiográfico-novelesco con toda credulidad y, aunque aporten a veces documentación importante, carecen de «euanimidad crítica», porque «la credulidad en las alabanzas lleva consigo la credulidad en los vituperios» (Menéndez Pidal, p. VIII). El primer biógrafo moderno, Manuel José Quintana (1833), es ya responsable de esas desviaciones (que sólo en el mejor de los casos reconocen la voluntad de exageración de Las Casas); a él siguen los demás en algunas cuestiones esenciales, sin contrastar con otras fuentes o no aprovechándolas, como Fabié o, incluso, los más científicos como Pérez de Tudela. Ningún biógrafo durante un siglo parece cuestionarse el móvil de la acción lascasiana, y tampoco se introduce la perspectiva histórica que contextualice al personaje y lo confronte con el pensamiento de otros contemporáneos. «Yo tengo a gran fortuna –dice– no haberme enfrentado de primeras con Las Casas solo, sino en comparación con otros contemporáneos» [como Vitoria o Bernal Díaz del Castillo] (p. X). Sintomáticamente argumenta:

Esta necesidad de buscar nuevos puntos de vista es extremadamente embarazosa. Si nos fijamos en recientes biografías, vemos que algunos reparos que se han hecho a la habitual exaltación, no hallan eco alguno en ellas. En vano Marcel Bataillon hace tan moderadas como evidentes censuras; después que, en sus magistrales estudios lascasianos, ha señalado, en el porte de Las Casas con sus coetáneos, vanos actos reprobables o desacertados (no recogidos por los biógrafos), en 1956 reprocha concretamente al primer tomo de la principal biografía, la de Giménez Fernández (1953), el no ver en los adversarios del protagonista sino hombres miserables, dominados por codicias y pasiones egoístas, sin mezcla ninguna de algún ideal objetivo, pero todo es en vano: Giménez en su segundo tomo, 1960, rechaza tal reproche, porque él cree que su catolicismo le obliga a ser apasionado, enemigo polémico del «hipócrita neutralismo»; él está convencido de que todos los que llama «neutralistas» son (o somos) «sectarios» que buscan «provechosos contubernios con los clanes triunfantes». [...] Con esta afirmación rechaza no sólo a Bataillon, sino a otros varios que le hacen el mismo reproche, entre ellos un católico tan irrecusable como el Padre fray Lino G. Canedo (pp. X-XI).

Esos son sus reparos principales a Giménez, cuya obra le parece, por otro lado «francamente admirable [...] por la inmensa abundancia de documentos que acopia del Archivo de Indias» [resultando] «inestimable para el conocimiento de aquella época, con sólo que el lector salve la pasión tendenciosa que convierte a esta obra en una crónica escandalosa de un imaginario país “corrompido”» (p. XI). Los biógrafos que lo siguen, y continúan en la línea de la credulidad, no aportan en cambio esa documentación, la pasan por alto o la relegan a lugares secundarios —ella o la aportada por otros, como de nuevo Bataillon—; así, en una biografía que con todo pondera, como la de Pérez de Tudela de 1957. «Esta es una buena prueba de la fuerza tenaz que conserva la tradición encomiástica lascasianista» (p. XII).

Reclama, pues, la necesidad de tener en cuenta nuevos puntos de vista, para él un

... ingrato deber. Ingrato, porque bien sé que he de tropezar con fuerte oposición. El escribir glorificando a Las Casas es cosa llana, reglamentaria; es ir a favor de la corriente; mientras que el suprimir el incienso es atraerse la excomuni6n imperdonable de los muchos que mantienen el culto litúrgico lascasiano, o es, por lo menos, contrariar a otros muchos, vinculados al enaltecimiento excelso por intereses creados, de antigüedad trisecular (pp. XII-XIII).

Ve también «el peligro de que esta rectificaci6n crítica sea juzgada como un sentimiento antilascasista, vindicador patriótico de la obra de España en América» (p. XIII), pese a su conciencia de los muchos defectos que tuvo la conquista. «El presente libro no tiene nada que ver con la Leyenda Negra ni con la Leyenda Áurea, falsas las dos. Es un libro de historia. [...] Espero, pues, no se me juzgue como antilascasista, sino como criticista» (p. XIII), y atribuya la apatía a «pusilanimidad religiosa», que no quiere reparar en las contradicciones y fantasías del personaje, «Apóstol» aunque no predicó; equiparado a San Pablo aunque contradijo la caridad paulina; «sacerdote nunca rebelde», «siempre ortodoxo» pero contradiciendo ese cristianismo al condenar todos los imperios que la Biblia o Agustín consideraban providenciales (p. XIII), o al incurrir en megalomanía frente al ascetismo cristiano, o al levantar fal-

sos testimonios sin pudor (p. XIV). No cree que esos comportamientos de fray Bartolomé sean los de un canalla, sino los de un paranoico, un enfermo mental. La tesis ya se sustentaba en sus términos esenciales en 1957 («Una norma anormal del Padre Las Casas»), donde definía la enfermedad «como profano», como suma de comportamientos normales y anormales<sup>60</sup>. Con ocasión de este nuevo libro de 1963, recurre al dictamen de dos ilustres catedráticos psiquiatras (R. Alberca y J. Germain):

Ellos leyeron estas páginas en pruebas tipográficas, sobre las cuales me hicieron varias observaciones muy orientadoras para retocar mi lenguaje tan profano. Sin embargo, algunas frases y expresiones dejé sin corregir, intencionadamente, queriendo quedase manifiesta mi calidad de lego en la materia. Conste aquí mi muy cordial gratitud a los profesores Germain y Alberca (p. XV).

El párrafo final es el que inquietó a Bataillon:

También para este viraje que doy a la biografía de Las Casas, espero comprensión por parte de los lascasistas. He expresado ya mi pesadumbre por contrariar a los biógrafos en su amplia incredulidad. Con alguna confianza apelo en general a la crítica de quienes, en fundamentales estudios, han dado intensa luz sobre aspectos varios de Las Casas, y hago esta apelación aunque es muy difícil que abandonen en este tema una posición elogiosa habitual. Me anima bastante el hecho de que me han guiado y servido de mucho varias excelentes monografías lascasianas, por ejemplo las

---

<sup>60</sup> Aunque haya aspectos admirables en Las Casas «no hemos de asentir a sus admiradores a ciegas que solo lo tachan de cándida credulidad y de exageración». No es credulidad «sino deleite en lo increíble, reacción involuntaria ante lo enorme, «exageración enormizante», que fuerza la norma, «imaginación anormal» que se entrecruza con otras actitudes contradictorias en las obras donde sí tiene objetivo historial (R. Menéndez Pidal 1957: 7); también «exageración cualitativa extrema, atribuyendo absoluta bondad moral al indio y absoluta maldad al español», donde no hay ingenuidad sino premeditación, «regla-prejuicio», «reacción pasional irresistible» (*ibid.*, 8), hasta creerse «de una inspiración superior» (*ibid.*, 9). Afirma ya un «carácter patológico de la exageración»; «No sabemos, prudentemente pensando, nada de lo que vio ni imaginó» como testigo ocular (*ibid.*, 11); «carácter patológico o anormal» [tanto por la enormidad como por hacerlo regla sin excepción] (*ibid.*, 12). «Prejuicios pasajeros, todo el mundo los tiene, pero un prejuicio fundamental irracional, mantenido bajo juramento toda la vida, constituye una deformación morbosa» (*ibid.*, 12). En la *Destrucción...* define ya un «completo delirio paranoico, que así creo lo llaman los psicólogos» (*ibid.*, 12, subrayado mío).

de Lewis Hanke y en especial las de Marcel Bataillon. Sin embargo, sé que Bataillon no está conforme con algún punto de vista mío, expuesto ya en ocasión anterior; ésa es mi gran contrariedad, mi sentimiento e inquietud, el discrepar en algo de este historiador admirable, a quien desde siempre me une ingénita simpatía intelectual y afectiva. Pero sé también que mi desacuerdo con este gran conocedor de Las Casas y profundo intérprete de la España del siglo XVI, es desacuerdo mucho menor que con cualquier otro de los estudiosos del célebre dominico (pp. XV-XVI).

Y debió de inquietarle no sólo por distinguir sus escritos de los de otros especialistas— como vimos arriba que afirmaba don Marcelo—, sino porque en el preámbulo de Pidal hablaba un historiador, no un partidario de la identificación empática con el objeto de estudio —esa que un Bataillon ya incrédulo sobre la objetividad de la Historia reivindicaba por boca de Renan—<sup>61</sup>. El llamado de Pidal era a la crítica histórica tal y como él la concebía, fundamentada en el dato positivo y en la interpretación cimentada en testimonios, en todos los disponibles, sin ocultamiento, aunque sea un «ingrato deber», donde los defectos no se deben «olvidar, sino comprender» (p. XIII), para practicar «la imparcial crítica histórica de nuestra empresa americana, para dar luz a nuestra conducta *de antes y de ahora*» (p. XIII, subrayado mío). La mayor preocupación del preámbulo de Pidal es la falta de objetividad, confundir la historia y la biografía con el panegírico. Algo que desde luego el mismo Bataillon tenía que compartir, puesto que varias de sus cartas y, en general, sus estudios, lo presentan como voluntariamente distanciado de la «hagiografía» lascasiana. Pero qué duda cabe que las corrientes historiográficas habían cambiado, aunque en los dos casos la atención escrupulosa al fundamento testimonial fuera compartida y en los dos casos también el cultivo esmerado del dato documental y social trascendiera siempre el enfoque sólo positivista, interpretando los elementos ocultos que no afloran por escrito, pero existen<sup>62</sup>.

<sup>61</sup> Véanse arriba las citas correspondientes a las notas 17 y 58.

<sup>62</sup> Así definía Guillermo Díaz Plaja («La letra y el instante», *Destino*, 11 mayo 1963, p. 51) la importancia de la labor pidalina y castrista, en contraste con el positivismo del solo dato en que fue educada la primera mitad del siglo XX. Pidal mostraba su apertura a ideas motrices del ambiente intelectual del momento, como el

No cabe duda de que el libro de Menéndez Pidal, «antiacadémico» y a contracorriente en muchos sentidos, causó estragos en los estudios lascasianos en una coyuntura intelectual y política apasionante, de extraordinario interés sobre todo en España y América. Provocó muchas adhesiones e innumerables disentimientos, y tanto unas como otros tienen el común denominador de empequeñecer su intento básico y, por tanto, el significado que el autor quiso darle a su libro. Desde entonces –salvando reseñas de los años más inmediatos– ha caído en un elocuente silencio que, para mantener términos neutros, podríamos calificar de «expurgatorio»<sup>63</sup>. Sería necesario volver a contextualizar la polémica que el libro produjo, que tiene algo menos de científica de lo que se ha creído. No resulta al menos convincente, dentro de otra serie de disentimientos razonables de Bataillon<sup>64</sup>, decir que Pidal separa a Las Casas

psicoanálisis (limitando la mención a este libro); Bataillon lo había mostrado también en su forma de entender el irenismo erasmiano, punto sensible en la Europa de las guerras mundiales, también verbalizado por él mismo.

<sup>63</sup> Hay excepciones de las que no me puedo ocupar aquí, pero es significativa una muestra de varios autores, *Estudios sobre Bartolomé de las Casas*, Sevilla, Universidad, 1974, un volumen esencial para la bibliografía lascasiana que reúne quince contribuciones; en él sólo aparece muy excepcionalmente mencionado el libro de Pidal –ni siquiera para oponerse o para utilizar de forma neutra algunos de los muchos documentos que contiene en panorámica de conjunto–; y los que lo mencionan –salvo Arranz– no son españoles (Saint-Lu, Marcus, Minguet, Lohmann Villena). Sin embargo, se percibe su presencia en el conjunto de las contribuciones. Quizás la razón del silencio, al menos para los lascasistas españoles, esté en estas frases de Luciano Pereña: «Por encima del fanatismo de Bartolomé de las Casas, de su especulación política o de sus contradicciones psicológicas, su doctrina sobre la democracia ofrece valores positivos que no podemos silenciar y que los españoles tenemos el deber de cultivar, reivindicar y actualizar. Pero nos negamos rotundamente a suscitar polémicas que parecían definitivamente superadas. Volver a hacer de Las Casas un pretexto de hostilidad política y de resentimientos históricos es, desde luego, muy poco científico y menos para lanzarlo desde la plataforma de los congresos internacionales» (*ibid.*, p. 294). En efecto, desde los años 30, los congresos de americanistas emitían declaraciones oficiales, *urbi et orbe*, de toma de posición sobre Las Casas.

<sup>64</sup> Por razones obvias de espacio, limito la mención al maestro francés, con disensiones menores en comparación con otros, y además de muy distinta cualidad y estilo. El AMP conserva testimonios importantes de prensa española y americana, tanto de lascasistas favorables al libro pidalino como de críticos con el mismo: se suceden desde el Congreso de Oxford y la conferencia de Madrid crónicas de

de su contexto, menguar –como hicieron casi todos– el sentido del libro como un simple lance para rebatir la leyenda negra, o considerarlo escrito desde un «antilascasianismo patriótico»<sup>65</sup>, algo que, en cualquier caso, fue apreciación achicadora general, tanto de panegiristas como de detractores del libro, como su autor había previsto. Las reseñas, bien elogiosas o impugnadoras, son muy interesantes de leer para comprender el ambiente de la recepción del libro, pero en sí mismas son, salvo excepciones, muy decepcionantes, por repetir una y otra vez los mismos tópicos y argumentos a favor o en contra, con alguna débil pretensión científica en el caso de los españoles y casi enteramente del dominio sentimental en el de los americanos<sup>66</sup>. Ni siquiera demuestran, en una buena porción de

---

corresponsales anónimos o escritos de distinto tipo firmados por nombres como Germán Arciniegas, Francisco Arellano Belloc, José Antonio Cabezas, el P. Venancio D. Carro, Emilio Delgado, Guillermo Díaz Plaja, Fernando Díez de Medina, Miguel Dolç, Melchor Fernández Almagro, el P. Félix García, el P. Lino Gómez Canedo, Manuel González Ramírez, J. Goytisoló, L. Hanke, Roberto Levillier, Salvador de Madariaga, Ciriaco Pérez Bustamante, Matilde Pomés, Luis Ponce de León, M. Angel Revello Gaboto, José M.<sup>a</sup> Rincón, Pedro Sainz Rodríguez, Carmelo Saenz de Santamaría, Antonio Tovar, el P. Ángel Custodio Vega, Alonso Zamora Vicente, etc. Véase un listado no completo pero representativo de reseñas en M.<sup>a</sup> Luisa Vázquez de Parga, «Bibliografía de D. Ramón Menéndez Pidal», *RFE* XLVII (1964), pp. 7-127, en 106-11 que debe ampliarse con R. Marcus (1971: n.º 70, 612-613).

<sup>65</sup> En este aspecto, Bataillon (y la mayoría) critica precisamente lo que el mismo Pidal ha rechazado como conclusiones extraíbles de su libro, según vimos en varias citas más arriba: «Yo tengo a gran fortuna no haberme enfrentado de primeras con Las Casas solo, sino en comparación con otros contemporáneos» (p. x); «El presente libro no tiene nada que ver con la Leyenda Negra ni con la Leyenda Áurea, falsas las dos. Es un libro de historia...» (p. xiii); «...el peligro de que esta rectificación crítica sea juzgada como un sentimiento *antilascasista*, vindicador *patriótico* de la obra de España en América» (p. xiii); etc.

<sup>66</sup> Afirmaciones como estas dan idea de hasta qué punto en América es asunto sensible, y no «científico»: así Emilio Romero, «Bartolomé de Las Casas paranoico», *El Comercio* (Lima, 6-III-1963): «Los sudamericanos de este medio siglo XX no podemos ni debemos terciar en este nuevo pleito suscitado en la Madre Patria sobre cosas que parecen muertas definitivamente, o por lo menos pasadas de actualidad; pero que sin embargo están vivas, latentes y apasionadamente ardientes. Porque el grito de Bartolomé de Las Casas en defensa de los indígenas de América tuvo una resonancia que no podrá cesar mientras no se haga definitiva justicia a favor de los indios de América». O «Cándido» (L. B. Guerrero), «Las Casas», *El Universal* (Caracas, 9 de agosto de 1964): «Las Casas sólo sirvió a los móviles desinteresados, jamás a

casos, ni unos ni otros, haber leído el libro entero, sino limitarse a los argumentos dados ya en «Una norma anormal...» de 1957, o en trabajos previos<sup>67</sup>. Además, el libro fue polémico mucho antes de ser leído<sup>68</sup>. Quizás por eso, tanto partidarios como detractores captan sólo problemas derivados, no esenciales, de ese trabajo biográfico, pero problemas que están indiscutiblemente en el ambiente: así, el «patriotismo» —enfoque del que Pidal decía huir en este tema—; la leyenda negra —que

los mezquinos intereses. La Escuela Americana siempre le ha tenido y tendrá por «padre de la americanidad, apóstol de los indios, genial visionario», y al exaltarlo, exaltamos las más vitales características de la raza». O Fernando Díez de Medina, «El Padre Las Casas y el último libro de Menéndez Pidal», *Cuadernos* (París), 80 (1964), pp. 8-12, en 10: «Nuestro le hicimos, desde hace cuatro siglos: con pasión y con braveza, guardando siempre los debidos respetos al ilustre investigador que creyendo amenguarle, ha levantado nuevo plinto en su fama» (Díez Medina publica este mismo artículo por tres veces en tres medios distintos).

<sup>67</sup> Juan Goytisolo lo confiesa con llaneza en «Menéndez Pidal y el Padre Las Casas», en *El furgón de cola*, París, Ruedo ibérico, 1967, pp. 141-164 (p. 162, n. 1).

<sup>68</sup> La polémica es ya algo anterior al I Congreso Internacional de Hispanistas de Oxford (septiembre de 1962), pero se precipita a partir de esa ponencia de apertura y sin que el libro se haya aún publicado. Como muestras sólo: Ismael Medina, «D. R. Menéndez Pidal abre fuego en Oxford contra la leyenda negra sobre España» (*La Nueva España* (Oviedo), 9 de septiembre de 1962); M. Fernández Almagro, «España en Oxford» (*ABC*, 11 de septiembre, p. 25), frente a P. Venancio Diego Carro O.P., «Carta abierta a D. R. Menéndez Pidal. Anotaciones a su conferencia sobre Las Casas (23-XI-1962)», Madrid, 30-XI-1962 y «¿Tiene o no razón Menéndez Pidal?» (*Arriba*, 4 diciembre de 1962, p. 14), junto a Francisco Arellano Belloc, «Invalidez de las razones y sinrazones de Menéndez Pidal contra Las Casas» (*Novedades*, 7 de diciembre de 1962, pág. de portada y p. 8 del suplemento «México en la cultura»). *La Gaceta* de México ya publica en marzo de 1963 «En torno a Fray Bartolomé de Las Casas. Polémica epistolar entre D. Ramón Menéndez Pidal y el Dr. Lewis Hanke»: Algunos párrafos permiten apreciar la medida. Dice Hanke (subrayados míos): «Por medio de la prensa me he enterado de que llama usted un «enfermo mental» a *mi buen amigo* Bartolomé de Las Casas. Una definición exacta de salud mental es, por supuesto, algo difícil de lograr, y yo espero con mucho interés que usted será tan amable de enviarme la edición en la que publicó sus opiniones. [...] tengo en proyecto *formular mi propio psicoanálisis de los detractores de Las Casas*» (28-XI-1962). Contesta Pidal: «Claro es que no dejaré de enviarle mi nueva biografía del Padre Las Casas. En ella trato de corregir una falta de crítica en las biografías corrientes. No juzgue Ud. por lo que dicen las noticias periodísticas» (1-XII-1962), «...quizás sería preferible que Ud. y los amigos mejicanos no hablasen de mí hasta que se publicase el libro [...] que saldrá en pocos días. Sentiré mucho que Ud. tome partido contra mí antes de conocer mi libro. [...] confío que me discuta serenamente en el terreno de la crítica histórica, que creo desatendida por los biógrafos» (26-I-1963).



no consideraba problema esencial para trazar su biografía—; la denigración del personaje —cuando él decía haber buscado la ecuanimidad entre extremos, justificar o entender la conducta desde una explicación psicoanalítica, la del desdoblamiento, que no es locura sino trastorno, y reparar en los factores personales que nunca deben desatenderse en una biografía—; el apasionamiento con la historia —él defendía haber buscado la verdad histórica con escrupuloso rigor documental, y no afirmar nada que no dijeran los documentos—, etc.<sup>69</sup>. ¿Qué ocurrió, entonces, con la recepción de este libro?

Pidal escribe desde un pensamiento secular, cuando precisamente en esos años 60 algunos intelectuales orgánicos del franquismo, en maniobra interesada de acercamiento a América, reivindicaban la figura del defensor de los indios como parte del pensamiento español sin nunca plantear la legitimidad de una conquista, y lo hacían con la misma buena conciencia y falta de criterio de algún prolascasianismo no español, que prescindía igualmente de diferenciar la literatura clásica de la política «real» que las potencias de la hora practicaban, y siguen practicando, en el orbe. Don Ramón, a esas alturas más allá del bien y del mal y más cerca de lo divino que de lo humano, decía lo que —aunque explore y estructure hasta el último momento con materiales recientes— en sustancia llevaba pensando desde al menos una década antes, si no tres; se alejaba con singular despegue de los tópicos y, sobre todo, de la que con mucha gracia Américo Castro llamaba la «España enfrailada» donde «la religión y el Estado formaban un compacto solo comparable al del Oriente musulmán»<sup>70</sup>, para plantear dicotomías de

---

<sup>69</sup> Las reseñas son por lo general (más en España que en América), respetuosas con el autor, hasta en el capítulo de las trivialidades: la edad del nonagenario avanzado es motivo de admiración para unos («libro juvenil», «secreto fáustico», etc.) y de cierta sorna descalificadora para otros («chochera», en lo sustancial, «alma de encomendero» o incapacidad para captar la veneración de Las Casas en América, muy en especial en México).

<sup>70</sup> Cito de una carta de Américo Castro a Ramón Menéndez Pidal de 7 de agosto de 1958, conservada en el AMP, cuya transcripción debo y agradezco al equipo investigador dirigido por Jesús Antonio Cid que desde la Fundación Ramón

la Historia, que siguen sin resolverse, entre el pensamiento utópico y la política real y racionalista de los imperios. Fuera de los discípulos y admiradores –y no todos<sup>71</sup>, ni siquiera a la España oficial, y tampoco a la sedicente «ilustrada», le caía bien del todo este libro de aquel hombre del 98, aunque después diera muestras evidentes de utilizarlo<sup>72</sup>.

Ese otro nido documental que conserva el AMP, que reúne importantes testimonios de la recepción del libro, es una verdadera mina para quien quiera explorar las reacciones de la intelectualidad y de la crítica lascasiana de los años 60 ante esta última publicación pidalina, asunto del que ahora no puedo ocuparme por extenso y que está pidiendo un estudio monográfico. Adentrarse en el análisis de esos materiales daría, sin duda, una buena medida del arrebato que la *Doble personalidad* causó en España y el mundo. Por poner sólo algún ejemplo

---

Menéndez Pidal prepara la edición del epistolario de ambas figuras. Américo Castro comenta en esa carta entre otros el entonces reciente trabajo pidalino *El Padre Las Casas y Vitoria*.

<sup>71</sup> Entre los defensores sin ambivalencias del libro –a los que Giménez Fernández llama «turiferarios», y en escrito público –son más en privado–, se encuentran sobre todo (por orden alfabético): José Luis Cano, Guillermo Díaz Plaja, Melchor Fernández Almagro, Roberto Levillier, Oreste Macrí, Salvador de Madariaga, Ciríaco Pérez Bustamante, Robert Ricard, Sergio Vilar, Alonso Zamora Vicente. Entre las órdenes religiosas: la hostilidad dominicana es obvia, con cabezas muy visibles en España (el P. Venancio Carro) y América (el P. Alberto E. Ariza). Algún franciscano se manifiesta a favor (los PP. Díaz Canedo y Pazos). Entre los agustinos (PP. Félix García y Ángel Custodio Vega) y, sobre todo, los jesuitas, tanto en España como en América, es más frecuente el acuerdo con el libro (PP. Guisepppe de Genaro, Francisco Mateos, Félix Restrepo, Carmelo Saenz de Santamaría). No es infrecuente que los reseñadores publiquen el mismo escrito en dos formatos, revista científica (o cultural) y periódico, con giros significativos y algunos juegos malabares al cambiar de medio (sobre todo si los destinatarios son americanos).

<sup>72</sup> En el AMP, por ejemplo, se conservan listas de envíos del libro que Carlos Robles Piquer (carta de 30-I-1965), entonces Director General de Información en el Ministerio de Información y Turismo, quiere hacer llegar a través de las embajadas «a personas que ocupan puestos significados en sus respectivos países y dentro de la vida cultural de ellos», algo que no planteó recelo, aparentemente, a Menéndez Pidal, pues los libros habían de llevar, según el solicitante, dedicatoria personal del autor. Robles Piquer agradece en la carta los 50 ejemplares firmados ya enviados y propone una nueva lista de otros 50. En ella se encuentra Marcel Bataillon (aunque por la correspondencia sabemos que él ya tenía el libro dedicado desde el 28-IV-1963).

significativo: Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo, envía, acompañado de un escueto saluda que delata la preocupación y desagrado ministerial ante el todavía director de la RAE, un listado de teletipos del día 2 de enero de 1963, recibidos en su ministerio, que ilustran sobre la reacción americana hostil, especialmente de México, ya anterior a la salida del libro. Esa misma reacción americana de contrariedad se documenta en el archivo con los numerosos recortes de prensa enviados por amigos, discípulos, conocidos y desconocidos. Un anónimo (carta escrita a máquina, sin remite y con una firma en forma de raya) condena a don Ramón a las penas del infierno como Las Casas condenaba a los conquistadores y encomenderos: «¡A sus años, manchar la sagradísima memoria de uno de los hombres más extraordinarios que ha tenido España! [...] ¡Rectifique, Sr. Pidal, rectifique, pues de lo contrario, ni Dios, ni los hombres le perdonarán semejante acción. Que el Todopoderoso le ilumine le desea un hombre al que, como a infinitos, ha indignado Vd. hasta lo inconcebible» (28 noviembre 1962). Antonio Tovar, discípulo y admirador del maestro español, elogia su valor: «realmente ha tenido V. un valor increíble al atacar a Las Casas en esta época anticolonialista» (15 diciembre 1962), pero en su reseña de *Gaceta ilustrada* 42 («Un libro juvenil») encuentra la forma de nadar y guardar la ropa. Un siempre adulador y falangista conspicuo, Ernesto Jiménez Caballero, desde su embajada de España en Paraguay, en un artículo (*La Tribuna*) bucea en aguas pantanosas hasta conseguir que su vaivén escurridizo haga responder a Pidal de forma terminante en carta personal<sup>73</sup>. El historiador de México en la UNAM, Manuel Gon-

<sup>73</sup> En un borrador de carta a Jiménez Caballero de 30-XI-1963 muestra rotundos desacuerdos con quien quiere congraciarse con él, y en un momento espeta: «Ya comprendo que es muy difícil tratar el tema lascasiano en América, pero debe exponerse toda la verdad sobre la mesa, sin pensar en la galería», aprovechando para censurar a su corresponsal varios errores de bulto. El propio Pidal se sincera después al respecto en carta a R. Alberca de 17 de marzo de 1964, conservada en borrador. En esta misma carta dice a Alberca: «En Méjico, donde esperaba yo mayor oposición, me he quedado sorprendido viendo que ésta no tiene nada de particular», y seguramente se refiere a que nunca hay argumentos científicos en los impugnadores, sino ostensible (y comprensible) sentimiento.

zález Ramírez, en carta de 30 de enero de 1963, le envía un *dossier* de prensa del periódico mexicano *Novedades*, y llama su atención sobre cómo al tratar este tema, no debe, en su criterio, escribirse sólo para españoles y prescindir de la opinión americana sobre Las Casas<sup>74</sup>. Quizás unos párrafos del P. Ángel Custodio Vega<sup>75</sup>, que en este caso reivindica el libro, deban mirarse con cuidado, pues su defensa necesita detenerse en dos aspectos significativos: 1) «El Padre Las Casas es, aún hoy día, tema de contradicción y apasionamiento, como lo fue en vida. Cualquiera que lo trate, de no ser panegirista, corre el riesgo de ser tachado de parcial y enemigo personal suyo y *del hábito que vistió*. 2) «Don Ramón y toda su familia *son devotos de los dominicos; lo sabemos a ciencia cierta y de sus labios*. No puede suponerse en él el más leve asomo de animosidad o parcialidad. Es más: en muchos aspectos es admirador del Padre Las Casas, a quien reconoce dotes de talento y escritor...» (subrayados míos). Tener que recurrir a la devoción de la familia Pidal por los dominicos –algo de muy dudoso fundamento, al menos en el caso de D. Ramón– indica el todavía enorme poder de la crítica confesional lascasiana en España y América. Juan Antonio Cabezas explica la reacción de los dominicos salmantinos contra Pidal<sup>76</sup>. Emilio Delgado (23 de octubre de 1963, carta desde Nueva York) habla con desenfado del poder de la leyenda negra en Estados Unidos<sup>77</sup>.

<sup>74</sup> «... no persigo otro propósito que el que en España puedan apreciar que para referirse a muchos de los problemas históricos que son comunes a México y a la misma España, deben tenerse afinada atención y un criterio más amplio que el que pueda valer o satisfacer los puntos de vista estrictamente españoles» (Manuel González Ramírez, carta de 30 de enero 1963).

<sup>75</sup> Ángel Custodio Vega, «El padre Las Casas», *Religión y Cultura* VIII, 31 (julio-septiembre 1963), pp. 1-7, en p. 1.

<sup>76</sup> «O sea, que la polémica contra el libro [...] en la que ahora intervienen contra su autor *algunos dominicos salmantinos* que pretenden defender, en parte al menos, las apasionadas afirmaciones de Las Casas, ya estaba planteada antes de que el libro apareciese». (Juan Antonio Cabezas, «Polémica en torno a Las Casas», *Medicamenta. Tribuna Literaria*, XLI, 75 (6 de junio de 1964), subrayados míos.

<sup>77</sup> «La “leyenda negra” sigue en su apogeo. Aquí mismo, en este país, que se jacta de ser el ápice de la democracia y otras mentiras convencionales, se sigue

La cuestión habrá de profundizarse, sin duda, pero si algo se deduce de esos materiales es que la recepción del libro no fue en lo fundamental científica, sino política y, en buena medida todavía confesional, con no poca huella de tradición dominica, de nuevo; es decir, ocurrió exactamente lo que predijo su autor en los preliminares y que todavía pudo ver durante un par de años más de su vida, aquellos en los que todavía estuvo intelectualmente activo. Sus intentos de que el libro se tradujera en Estados Unidos –había emprendido la tarea Walter Starkie– fueron obstaculizados por el *stablishment* editor de California, influido por el peso de las ideas de L. Hanke<sup>78</sup>. Pidal deseaba que el libro saliera de la polémica pequeña sobre el nacionalismo español y la leyenda negra<sup>79</sup>, o de la no menos artificiosa discusión en América, dividida, según varios juicios, entre quienes se creían descendientes de conquistadores y quienes –además de los dominicos, en España o América– se pretendían descendientes, o amigos, de los indígenas<sup>80</sup>.

.....

avivando el fuego contra la Inquisición. Y son precisamente aquellos que no tuvieron ningún recato en quemar vivos a inocentes criaturas en Hiroshima y Nagasaki. Todo en pleno siglo veinte. No hace mucho, nada menos que el señor Presidente Kennedy, queriendo ganarse la simpatía de un grupo de tiranuelos centroamericanos, les dijo que las naciones hispanoamericanas echarían de este hemisferio al comunismo de la misma manera que los libertadores habían echado a los «conquistadores», que Centroamérica había echado al pirata yanqui Walter y que los norteamericanos habían hecho lo propio con Jorge III de Inglaterra» (Emilio Delgado, carta de 23 de octubre de 1963).

<sup>78</sup> Así se deduce de una carta de W. Starkie a Menéndez Pidal de 15 de septiembre de 1964.

<sup>79</sup> En borrador de carta a W. Starkie de 21 de septiembre de 1964, dice Menéndez Pidal: «Repito una vez más que yo no quiero derechos ninguno de autor, sólo deseo que la traducción salga en los Estados Unidos o en Europa, esto es, fuera de España, para que no aparezca mi obra un libro de propaganda de la España actual».

<sup>80</sup> Resumen, entreverando citas, un párrafo revelador de Salvador de Madariaga («Las Casas: ¿Un apóstol? ¿Un fanático? Un Las Casas de verdad», *Cuadernos* (París), 80 (1964), pp. 3-7), en 3-4: «Las Casas sigue dividiéndonos; pero la línea divisoria ha ido perdiendo su rigidez y hoy no es ni con mucho lo que fue antaño. En España la frontera tradicional entre lascasistas y antilascasistas ha venido coincidiendo con las dos corrientes de opinión que hoy llamaríamos izquierdas y derechas. Los conservadores, tradicionales, católicos, eran antilascasistas porque Las Casas denigraba

Las objeciones de Bataillon fueron, como hemos visto, severas, y le permitían recuperar sus posiciones dentro de los estudios lascasianos. No conservamos, que se sepa, ni original ni borrador de Pidal acusando recibo del envío del libro de don Marcelo, quizás porque desde 1965 su actividad intelectual se vio ya enormemente disminuida. No llegó al menos a poder leer el libro de 1966, que se conserva dedicado e intonso en el AMP. Sin embargo, la relación epistolar se mantuvo hasta un

.....

la obra de España en América; los liberales eran lascasistas porque veían en él a un humanista, precursor de la era de «los derechos del hombre». Obsérvese lo arbitrario de esta frontera. Pudo haberse dado al revés; por Las Casas los católicos, en gracia al carácter hondamente cristiano de sus cruzadas indiófilas; contra Las Casas, los liberales, en nombre de la eficiencia económica y el progreso. La observación es de peso, pues sugiere que la fijación de nuestras posturas políticas precede y no sigue a su justificación (aunque inexactamente lo llamemos motivación). Como ejemplos de desdibujamiento pone a Giménez Fernández, vehemente lascasista, y al P. Bayle vehemente antilascasista. En el sector de opinión no hispano, dice: «Las Casas, desde luego el militante más que el historiador, cesa de inspirar interés en aquellas zonas de opinión que se han neutralizado para con España, pero sigue siendo fuente de toxina activa antiespañola allí donde se da todavía un antihispanismo histórico ya anticuado, pero todavía vivo y aún vivaz (como en Inglaterra), o un antihispanismo actual causado por la lucha de influencias (como en los Estados Unidos). Ciego será quien no vea la tendencia antiespañola de ciertos sectores, no sólo políticos y financieros, de los Estados Unidos: para estos tales Las Casas viene como llovido del cielo» (pp. 3-4). En Hispanoamérica —afirma— la *Destrucción* sirvió de arma política esperable en las guerras de emancipación (Vizcardo, Miranda, Bolívar), y los americanos se sitúan ante Las Casas igual que ante la obra de España en América: si son favorables a esta son antilascasistas, y si son contrarios lascasistas. «En general son favorables a la obra de España en América los *beati possidentes*, y contrarios los desposeídos» (p. 4), es decir, la mayoría, con lo que se vuelve al mismo círculo cerrado de España, derechas e izquierdas, pero agravado por una oposición también racial, porque «en nuestro tiempo hay quien no cree al indio capaz de democracia» y «quien cree hoy que *todo* lo que los no indios hacen en España es infame» (pp. 5-6). Ello a su juicio tiene un peligro para el porvenir, porque «Hispanoamérica no se salvará más que en la unión, y ... no tiene más base de unión que su común hispanismo» (p. 6). Américo Castro se ríe abiertamente de esta polémica Madariaga/Díez de Medina en carta a Bataillon: «La *prise de bec* de Madariaga y el «latino-americano» en *Cuadernos* es asunto de risa: tanto como lo de la paranoia de Las Casas. ¿Cuándo demonios se van a enterar los españoles de quienes son? Tal vez nunca. Allá ellos. Pero en esto de Las Casas, *sin erudición*, con simple sentido común, les va a salir mal el juego a los de la leyenda negra y a los de la leyenda blanca» (13-IV-1964, *Epistolario...*, p. 267; debe corregirse la nota al pie: la alusión a la paranoia remite, obviamente, al libro de Pidal). En carta de un mes después (*ibid.*, 13-V-1964, p. 271) insiste: «La polémica sobre Las Casas en *Cuadernos* es burla».

mes y medio antes del fallecimiento de don Ramón, y fue siempre afectuosa y amable. La correspondencia (que, en este caso, tendría que conservar el IMEC), tiene lagunas, y no hay que descartar, creo, que existan más documentos desapercibidos o no catalogados.

Con todo, la forma y el estilo de discrepar de ambos filólogos e historiadores sobre un tema capital y aún controvertido de la historia de España y América, y sobre la forma misma de hacer historia, es ya, en su momento y frente a otros, un ejemplo de rigor, convicción, afecto y elegancia por ambas partes. No todos los discrepantes de entonces, menos aún de generaciones sucesivas, conservan la capacidad de admiración del adversario, el respeto y estimación por quien mantiene tesis y apreciaciones críticas distintas. «¿Cesará este siniestro empeño de suprimir al adversario?», decía Menéndez Pidal en el prólogo al volumen I de su *Historia de España*. Este testimonio doble, y el interés de la discusión, han sido los motivos de presentar aquí la polémica, ilustrada someramente con los libros y cartas respectivos, aun a sabiendas de no considerarlo asunto cerrado, pues una voluminosa documentación queda aún por examinar<sup>81</sup>.

[*Post-scriptum*. Noviembre 2013:

Este trabajo se dio por cerrado en diciembre de 2011. El libro de Menéndez Pidal ha sido reeditado después: *El Padre Las Casas. Su doble personalidad*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2012, con una presentación (pp. VII-XXXIV) del Director de la RAH, Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón. Como hecho editorial, científico e ideológico, merece comentario, ya que una reedición al cabo de medio siglo podía despertar expectativas sobre lo aquí tratado, más aún si proviene de una institución docta y especializada, y a cargo del investigador de larga trayectoria que la representa, y firma.

---

<sup>81</sup> Trabajo realizado en el marco del proyecto FFI2009-08070 y revisado en su continuación FFI2012-33903.

Tres son los aspectos que más destacan: el primero, la renuncia a contextualizar la recepción del libro, en la que no me extendo por haber insistido en su necesidad en los §§ 3 y 4. No puede afirmarse, incluso en la solapa del libro, que este «se recibió en silencio de quienes habían de rebatir las afirmaciones que en él se hacen», ni tampoco solventar las polémicas apasionadas con un subapartado («De la crítica “preventiva” al silencio posterior a la publicación de la obra de Las Casas», pp. XIV-XVI), donde apenas se registra ninguno de los numerosísimos ecos que el libro tuvo antes y después de su publicación en congresos, prensa y publicaciones científicas, repercusión que conserva hasta hoy mismo, pues la bibliografía lascasiana está llena de silencios parlantes. Los fondos documentales que custodia la Fundación Ramón Menéndez Pidal dan idea del interés poco común que esta obra suscitó en medios investigadores y políticos, y del no menor que su autor tuvo por seguir de cerca esa recepción hasta el final de su vida.

El segundo aspecto, no accidental además de fatigoso, es la presentación muy *selectiva* que se hace del libro pidalino, donde una vez más se mengua el alcance de la monografía para destacar con muy especial énfasis sólo cuestiones derivadas, precisamente aquellas que el autor no consideraba adecuado primar en su estudio biográfico de 1963, y que recuerdo de nuevo: «el peligro de que esta rectificación crítica sea juzgada como un sentimiento antilascasista, vindicador patriótico de la obra de España en América»; «El presente libro no tiene nada que ver con la Leyenda Negra ni con la Leyenda Áurea, falsas las dos. Es un libro de historia. [...] Espero, pues, no se me juzgue como antilascasista, sino como criticista», etc. (véanse arriba, § 4 y n. 65 y ss.). Aspecto este que conduce necesariamente al tercero que debo enunciar. Por fortuna, ya no se exige a los investigadores sobre Las Casas, como hace décadas, una definición «a favor» o «en contra» del obispo de Chiapas en congresos convocados al efecto. Ahora que parecía superada esa «enfermedad infantil» del lascasismo, al Marqués de Castrillón le inquietan las celebraciones de los centenarios de las independencias americanas, y ese es, *suis verbis*, el motivo de la reedición del libro:



[...] Su actualidad, y lo oportuno y conveniente de difundir esta obra, son mayores hoy que entonces. Los cambios políticos en algunas repúblicas de la América hispana han originado que se reavive la obra de Las Casas porque proporciona argumentos para denigrar cuanto allí se hizo durante los siglos XVI al XIX, al extender su vigencia hasta las guerras que provocaron el final de los virreinos y el surgir de las nuevas repúblicas.

Los críticos del proceso civilizador en la América española no tienen presente que éste se produjo mediante la fundación de centenares de ciudades con un crecimiento económico y cultural que hacía a los virreinos, a comienzos del siglo XIX, equiparables a los países de la Europa desarrollada. Comienzan a difundirse las cifras que proporcionan los historiadores de la economía sobre la evolución del producto interior bruto en las principales repúblicas durante el siglo XIX, y el hecho de que los niveles de antes de las guerras de independencia no se volvieran a alcanzar hasta pasado el comienzo del último cuarto de la centuria (1875-1880), debido, entre otras cosas, a la inseguridad jurídica y a la disminución de las inversiones.

La *Destrucción de las Indias*, reavivada en su eficacia destructiva en los años de las guerras de independencia, es previsible que se reedite ahora, para tenerla presente en las conmemoraciones del segundo centenario. Conviene por ello que esté disponible la reedición del libro de Don Ramón Menéndez Pidal para que se tenga presente su contenido en cuanto se escriba y proclame en estos decenios de conmemoración (G. Anes, *Presentación*, p. XXIV).

Cincuenta años no son suficientes. Las espadas siguen en alto. Vuelven el malestar y el desasosiego. Qué duda cabe que el Pidal nonagenario fue profeta triste –y a muy largo plazo– de la recepción alicorta, política e ideológicamente instrumentalizadora, de su libro. Y que Bataillon tenía motivos para descreer de la objetividad de la siempre problemática Historia como ciencia. Quien esto escribe no es entusiasta de ningún centenario, ni confía en que sirvan, salvo de modo excepcional, para revitalizar de forma rigurosa los estados de la cuestión sobre los temas que los convocan. Pero si está permitida la esperanza, cabría desear que los centenarios de las dieciocho independencias nos trajeran, al menos en los ámbitos especializados, una reflexión científica más profunda y sólida

sobre la construcción de los imperios, para la que se cuenta ya con sobrados elementos de juicio sin necesidad de recurrir a buenas conciencias o a tomar a las figuras del pasado, en situaciones históricas dispares, como pretextos para manipulaciones, hostilidades o rencores entre las partes de muy otra diversa índole].